

Ana María Romero

Barrio El Poniente
Los Haticos y su gente





Barrio El Poniente

Los Haticos y su gente


ELPERRO
yLARANA

1.ª edición Fundación Editorial El perro y la rana, 2025

© Ana María Romero Pirela

© Fundación Editorial El perro y la rana

Edición y corrección

Yhoiner Parras

Diagramación

Ámbar Hernández

Diseño de portada

Darianyel Molina

Hecho el Depósito de Ley:

ISBN: 978-980-14-5713-8

Depósito Legal: DC2025000286

Ana María Romero Pirela

Barrio El Poniente

Los Haticos y su gente

Dedicatoria

Este libro está dedicado a todos los vecinos del barrio, los que hicieron comunidad, los que la continúan haciendo y los que vendrán mañana.

A mis hermanos Rafael José y Alejandro Gerardo.

Y a Carolina Álvarez, quien me animó a escribir estas crónicas.

Presentación

A la par de la historia en la que prevalece el protagonismo de los grandes personajes, o de aquella que está compuesta por los hechos que abren paso a los cambios en la sociedad, franquea en la cotidianidad de las comunidades una historia sigilosa, aquella que va entretejiéndose a partir de la convivencia cercana de quienes comparten la pertenencia a un terruño, bien en una aldea, vecindario, barrio o en cualquier otro espacio que facilite el encuentro de sus moradores. Esta historia de campanario, como solía llamarla el historiador mexicano Luís González, se propone aportar el relato del paso del tiempo en la vida diaria, tanto de las personas y sus familias, de los vecinos y de todos aquellos que forman parte esencial de la singularidad histórica de una comunidad.

La labor de Ana María Romero Pirela en su obra *Barrio El Poniente. Los Haticos y su gente*, se orienta a la conservación de la memoria de quienes habitan una zona emblemática de Maracaibo, la de los pequeños hatos en su zona baja, de mediados del siglo XIX; y en su parte alta, asiento de familias de artesanos y trabajadores petroleros, que a comienzos del siglo XX llegaron procedentes de diversas partes de Venezuela, y algunos desde el exterior.

La historia de El Poniente transcurre signada por el trabajo y los aportes de muchos personajes, quienes a lo largo del pasado siglo impactaron en la cotidianidad de la barriada, configurando su identidad comunitaria y transmitiendo a las futuras generaciones

los valores que son propios de nuestro pueblo maracaibero: solidaridad, empatía y laboriosidad. A partir de la investigación de Ana María Romero podemos no solamente identificar los nombres, sino también conocer la impronta de varios de estos hombres y mujeres en la historia de El Poniente, entre ellos: Ana Julia Pirela, Edelmira Linares de Meneses, Rafaela Chiquinquirá Portillo, Olimpiades Linares Rivas, Ramón Pirela Molina, Ramón Carrizo, Eromides Vega, Hernán Pirela, Vicente Jiménez Suárez, Teotiste Serrano, Miguel Ángel Romero, Giuseppe Costanza, Manuel Taborda, Francisco Ocando, Andrés Hernández, Cayetano Montiel, Douglas Enrique Casado, Ángel Esteban Hernández y María Del Carmen Acevedo.

Gracias a la iniciativa de Ana María Romero Pirela, los maracaiberos de El Poniente tienen la oportunidad de acercarse a su historia, de reconocerse parte de una tradición que no ha desaparecido, y que ellos en la actualidad están dándole continuidad por medio de su trabajo, del día a día de la convivencia comunitaria y de la edificación de sus respectivas familias.

En este sentido, desde la Oficina del Cronista de Maracaibo, queremos estimular la participación de los jóvenes y en general de quienes estén motivados a indagar en la historia de sus comunidades, para que, mediante un trabajo mancomunado con esta institución, podamos salvaguardar el testimonio de los abuelos y vecinos que tienen algo que narrar sobre el recorrido histórico de su sector, barrio o urbanización. La experiencia de Ana María Romero Pirela con su libro, nos indica que la entrevista, como técnica fundamental en la historia oral, puede conducirnos a la

comprensión de nuestras raíces. Avancemos en esta dirección y sumemos esfuerzos en la noble tarea de preservar la memoria de nuestro pueblo.

DR. REYBER PARRA CONTRERAS
CRONISTA DE MARACAIBO

Prólogo a los personajes del barrio El Poniente

«La crónica es un cuento que es verdad»

GABRIEL GARCÍA MÁRQUEZ

*«Por eso es barrio eterno
también universal
y el que se mete con mi barrio
...me cae mal»*

RUBÉN BLADES

La historia de la humanidad es la suma incesante de migraciones humanas por dificultades insalvables y los asentamientos para construir sociedades con vida propia. Un barrio es la versión micro de esta regla de la organización de los seres humanos como elemento fundamental de una sociedad.

El barrio El Poniente, en el cual he vivido gran parte de mi vida, construye su historia a partir de la vida individual de personas que decidieron asentarse hace mucho tiempo, desde principios del siglo XX. Lo hicieron en esta zona por razones económicas y atraídos por un imán muy poderoso: la naciente industria petrolera que daba empleo y los salarios eran 3 y 4 veces más altos que los que se devengaban en sus lugares de origen. Era inevitable la

aventura de emigrar internamente y buscar mejores condiciones de vida. La académica Nilda Bermúdez lo ha estudiado ampliamente y expuesto en congresos, artículos académicos y libros. En sus palabras, «Los desplazamientos que se hicieron desde las diversas regiones de Venezuela hacía las zonas petroleras del Zulia constituyeron un fenómeno social que se da por primera vez con la peculiaridad de haber sido masivo, voluntario y pacífico»¹.

La migración que edificó socialmente a este barrio responde a este criterio historiográfico. Y se cumplió tanto para los nacionales como para los extranjeros que llegaron para quedarse. Como sólo contaban con sus manos y voluntad de trabajo, quienes vinieron a la capital del Zulia por necesidades subsistencia lo hicieron arduamente por su bienestar económico. Igualmente, sin ser letrados o poseedores de títulos académicos, expresaron con su práctica de vida sólidas convicciones éticas de que el trabajo, manual o intelectual, es la única opción para prosperar económica y socialmente.

Simultáneamente, esas familias hicieron del barrio la patria más íntima y concreta. En las calles han jugado sus niños, en las esquinas, de noche, se han encontrado los adolescentes para enamorarse; en las fiestas se han reencontrado familias enteras para celebrar la vida. Las bodas entre los hijos de los vecinos son deseadas y celebradas. Y esto es tan real que el barrio es un entramado consanguíneo denso en el que todos son familias.

Los árboles frutales en los patios han padecido la lluvia de piedras para obtener mangos, nísperos, mamones, guayabas, limones, etc. El dueño de casa protesta; pero nadie ve nada, son los hijos

1 Bermúdez Briñez, N. *Los desplazamientos humanos hacia las zonas petroleras del Zulia (1914-1933)*. AGORA, Trujillo, Venezuela, 2015, (Vol. 18,35), 133-160.

de todos. En los velorios han llorado familiares y vecinos con los deudos por los que han partido a otro plano.

El barrio puede ser para sus habitantes el país imaginado o la realidad concreta a transformar con trabajo como ejemplo de vida. Hasta la historia oficial del estado está reproducida en miniatura en los barrios. Las generaciones siguen haciendo historia, tanto individual como colectiva y no está demás esperar por una voz escrita que les agradezca su modesto accionar en este mundo. Como se preguntara el poeta alemán Bertold Brecht, «¿A dónde fueron los albañiles la noche en que fue terminada la Muralla China?/ La gran Roma está llena de arcos de triunfo/ ¿Quién los erigió?»². El gran colectivo humano puede y debe dejar de ser anónimo, pues construye en silencio sociedades para la eternidad del tiempo.

Los vecinos del barrio que con amenidad se sentaron en el frente de sus viviendas a recordar a sus familiares, el orden de las casas y vínculos entre sus familias, los otros vecinos y sus mejores anécdotas o rasgos de personalidad. En estas crónicas sólo están algunos. Los otros vecinos siguen tejiendo su vida para, de alguna manera, ampliar el lienzo social de toda la comunidad.

Están invitados a conocer de primera mano a algunos de los pilares humanos del barrio El Poniente y hacer de ellos sus vecinos imaginarios con lo mejor de sus virtudes e ignorar inevitables defectos. Del peso de estos últimos que se encargue el Altísimo.

Ana María Romero Pirela

2 «Preguntas de un trabajador que lee» en *Poesías*. Montevideo, Ediciones de la Banda Oriental, 2017, Trad: José María Valverde, pág. 107.

Introducción

LOS HATICOS: PÓRTICO DE ENTRADA AL SUR DE MARACAIBO

Durante el proceso de asentamiento colonial español desde 1600, en la región zuliana se establecieron caminos o vías de acceso a otras áreas geográficas. Uno de esos caminos trazados para la aldea de Maracaibo fue el Camino Real de los Españoles, conocido posteriormente como de Los Haticos, una de las salidas del poblado hacia el sur y el oeste de lo que se conoce hoy como el municipio Perijá y la Cañada de Urdaneta.

Sería el inicio del lento, pero continuo asentamiento de familias y pequeñas parcelas destinadas a la actividad pecuaria y agrícola: cría de ganado caprino, porcino y aves de corral. Se cosechaban verduras, aprovechando la abundancia de pozos de agua dulce que los pobladores europeos construyeron. Estas pequeñas granjas fueron llamadas «hatos». Es una palabra española en desuso que designa precisamente a esas pequeñas explotaciones agropecuarias. Como tales hatos eran de pequeñas parcelas, el sector fue llamado Los Haticos.

Como suburbio sur de Maracaibo, ya en el período republicano, Los Haticos se extendía desde el puente el Manglar (hoy

en día Puente España) sobre la cañada Morillo hasta la cañada El Manzanillo, en el actual municipio San Francisco.

El terreno inmediato al caño Morillo y su respectivo puente se elevaba suavemente formando lomas. Entre hatos y hatos se abrieron claros de vegetación como miradores para disfrute de los habitantes de los atardeceres marabinos sobre el lago de Maracaibo. El sector terminó llamándose el Sol Poniente y más abreviado, El Poniente.

Así comenzó a poblarse este sector en los inicios de la bahía del lago de Maracaibo; alejada del puerto o Malecón y recibiendo la suave brisa lacustre, sin el agobiante calor del centro de la ciudad. Desde finales del siglo XVIII y hasta mediados del siglo XIX, la élite política y comercial marabina asentada en el núcleo urbano lo consideraba un lugar de recreo o de paseo en botes.

A finales del siglo XIX era el asiento de las casas de habitación de la élite comercial extranjera. Para superar el aparente aislamiento con respecto a su zona de trabajo (las casas comerciales alrededor del puerto de Maracaibo en el epicentro de la ciudad) los dueños de esas casas decidieron construir un tranvía que los llevara desde y hacia sus viviendas para sus sitios de trabajo.

Cuando en 1883 se formó la compañía del Tranvía de Maracaibo, la comunidad alemana se propuso llevar una línea hasta sus residencias de fin de semana. El primer tramo de este transporte masivo se inauguró el 5 de octubre de 1884, ampliándose con otros tramos hasta que el 2 de mayo de 1889, se inauguró un tercer tramo de los Tranvías de Maracaibo que iba desde los inicios del sector Los Haticos hasta el extremo sur en un caserío llamado La Ranchería. Hoy en día, ese sector se corresponde al área de la Subestación Eléctrica La Arreaga.

Fueron 3.150 metros de vías férrea llevadas por 18 mulas. La servidumbre de esas casas pudientes fueron los usuarios cotidianos de este tranvía, pues sus dueños de casa hacían uso de pequeños vapores para trasladarse a las oficinas comerciales aledañas al puerto.

Las 36 mulas y los 4 vagones que constituían la línea férrea eran guardadas a pocos metros de la cañada Morillo, en la actual avenida 17. Se edificó un depósito para su resguardo. Cuando en 1885 la tracción de sangre fue sustituida por una locomotora a vapor, las mulas descansaron de tan agotador trajín y el depósito siguió siendo el estacionamiento de los carruajes o vagones del tranvía.

Este depósito cercano a la cañada Morillo derivaría en portal de entrada para una serie de barriadas que irían surgiendo al calor de pequeñas empresas que se instalaban a lo largo de la vía. Los hatos pequeños mantenían la función de ser proveedores de frutas, verduras y ganado menor para el mercado municipal ubicado frente a la bahía de Maracaibo, el llamado mercado Los Ventorillos.

El desarrollo material y cultural de la capital zuliana entre 1890 y 1910 estaba circunscrito al casco central urbano delimitado desde tiempos coloniales. Para otras zonas de Maracaibo las condiciones de vida seguían siendo restringidas. La vida austera de los dueños de los hatos de Cristo de Aranza Alto se oponía a la opulencia de la colonia alemana en las orillas del lago. Esta última sí disfrutaba de los avances de electricidad, pavimentación de vías, transporte, teléfono que en la ciudad se habían desarrollado. El resto de la ciudad, no.

Esa oposición entre austeridad y opulencia entre sectores socioeconómicos del sur maracaibero se mantuvo hasta bien entrado el siglo XX. Conflictos geopolíticos europeos y gobiernos nacionales autoritarios confluyeron para moldear las actividades

económicas de esta ciudad puerto. La colonia alemana controlaba desde sus casas comerciales la exportación de productos agrícolas e importación de toda clase de maquinarias y bienes utilitarios novedosos y necesarios para el desarrollo económico local. Los venezolanos no vinculados a este sector, estuvieran o no en el campo o la ciudad, llevaban de una vida modesta, sin lujos, disimulando dificultades y carencias. Esta visión mostraba, ante ojos extraños, una aparente armonía social. La prosperidad económica tardaba, pero llegaría en cualquier momento.

Un buen día, lo que fuera un murmullo entre oficinas gubernamentales, se volvió un grito ensordecedor que llegó hasta el último rincón de Venezuela y más allá: en la Costa Oriental del Lago se había descubierto petróleo y se pagaba «muy bien» a quien quisiera trabajar como obrero en esa nueva actividad. Y fue así que las compañías extranjeras más importantes dedicadas a la explotación del petróleo que ya tenían áreas operaciones en la Costa Oriental del Lago, fijaron sus actividades administrativas y de almacenamiento de materiales, en la costa occidental en la ciudad de Maracaibo.

La zona elegida fue la zona de Los Haticos. Se edificaron talleres para la reparación de embarcaciones y el trasbordo de mercancías hacia la Costa Oriental del Lago. La *Caribbean Petroleum Co.*, asentada en Venezuela desde 1910 fue una de ellas, dando inicio a un lento pero constante incremento de asentamientos o barriadas formadas por emigración margariteña, coriana y andina y jornaleros de los estados circundantes en búsqueda de mejores condiciones de vida.

La industria petrolera estuvo presente en este sector sur de Maracaibo para luego seguir el ritmo de crecimiento de la ciudad hacia el norte. El único testimonio arquitectónico de la presencia

de la *Caribbean* (luego pasó a llamarse *Shell*) en el sector es un conjunto de residencias, detrás de la Iglesia la Milagrosa, llamado Colonia Shell. Fue el campo residencial de la gerencia, luego desplazado hacia otras áreas. Más tarde, la empresa negoció la venta de las casas a cualquier persona dispuesta a pagar su costo.

No obstante, el proceso de industrialización se había iniciado y diversificado en múltiples empresas de naturaleza alimenticia o industrial. Todas ellas seguían estimulando el desarrollo de la vía Los Haticos al propiciar la consolidación de servicios públicos, vialidad, etc. Estas empresas, con su dinamismo laboral, atraían a los trabajadores con sus familias y la necesidad habitacional estimuló la continua urbanización. La ondulación del terreno dividió el sector en Haticos por Arriba y Haticos por Abajo. Este último, en paralelo con el descartado tranvía y sustituido por vías pavimentadas y vehículos públicos y privados.

Los nuevos barrios fueron el principio urbanizador de la zona, la parcelación de los hatos y la desaparición total del concepto rural del sector. Sus nombres: Pravia, Cerro Pelado, Santa Clara, Chocolate, Campo Alegre, Día de la Raza, Las Banderas, El Progreso, entre otros.

Uno de estos barrios y sus vecinos más recordados es el protagonista de estas crónicas urbanas: El barrio El Poniente.



Calle Los Haticos, sitio residencial de los alemanes (Col. DR. Kurt Nagel
Vonn Jess)

I

**ELLAS FUERON LA LUZ DE LA
COMUNIDAD**

Una maestra ejemplar: Rafaela Portillo

El escritor venezolano José Rafael Pocaterra (1888-1943) escribió uno de los cuentos latinoamericanos más recordados y compilados en antologías venezolanas y latinoamericanas, «La I latina». Muy probablemente fue el homenaje literario a su maestra favorita de la infancia. El barrio El Poniente tuvo muchas maestras, la mayoría de ellas pedagogas autodidactas que abrieron sus casas para recibir a los niños del barrio y enseñarles las primeras letras.

Los cincuentones y más añosos recuerdan a la señora Ana Julia Pirela o a la señora Edelmira Linares de Meneses (la maestra «Mechita»). Algunas enseñaron con pedagogía; otras con métodos más anquilosados como gritos o amenazas de castigo. A pesar de ello, se les recuerda por la insigne labor de incorporarnos al mundo de las letras y la escritura. No obstante, entre todas las docentes que han vivido aquí, hubo una maestra especial: la maestra Rafaela. Ella aún vive en la memoria de los habitantes del barrio.

Rafaela Chiquinquirá Portillo fue y es la maestra emblema de este barrio. Era la tercera hija de la señora Magdalena Portillo Villalobos y Ángel Esteban Hernández. Otro parroquiano del barrio con historia propia, pero en otra crónica. Sin necesidad de dos apellidos para trascender en el tiempo, nació un 16 de febrero de 1941 y con muchos hermanos de parte de padre, creció en el barrio junto a su hermana mayor, Ada Elba. Tuvo un tercer

hermano, quien falleció muy pronto en un doloroso accidente y su nombre quedó en el olvido.

Rafaela era alta, muy delgada, bien arreglada siempre y al día con todos los complementos de la moda imperante. Poseía una gran alegría interior, que es la mejor definición de optimismo ante la vida.

La vida nos impone realidades y eso es lo que entendió Rafaela ante las dificultades económicas de su casa, sostenida por el carácter y temple de su madre soltera, fundamentalmente. El atajo obvio para una familia con necesidades económicas era formarse rápidamente como maestra y ejercer la enseñanza elemental.

Las instituciones encargadas de preparar maestros de primaria o educación elemental existían en los decretos y reglamentos del ministerio respectivo, pero fue en el año 1940 cuando se fundó en Maracaibo la Escuela Normal Rafael María Baralt para formar maestros siguiendo modelos pedagógicos avanzados. Eran tres años de educación básica y tres de especialidad docente. Su título: maestro/a de Educación Primaria Urbana. Era una opción de profesionalización en menor tiempo para un país con una niñez necesitada de conocimientos formales y libre acceso para todos. La construcción masiva de espacios escolares públicos vendría en la década de los 50. Mientras tanto, las escuelas privadas o mal llamadas «escuelitas» suplían la falta de aquéllas.

Estas escuelas familiares casi todas ubicadas en la casa de habitación de la maestra iban más allá de la socialización infantil. Eran el inicio en la lectoescritura. Su método era el clásico silábico. Para algunos párvulos era confuso e inconexo; para otros, el corto tránsito para leer y entender todos los anuncios de la calle, los titulares del periódico y las historietas gráficas de la época.

Años más tarde, el Estado docente sistematizó esos primeros años de escolaridad, poniendo énfasis más en la socialización de los niños y formación de hábitos de convivencia y ciudadanía. Se le llamó educación preescolar y tenían su propio espacio pedagógico en las ciudades.

Enseñar fue para Rafaela su realización más personal y social. En 1958, con tan solo 16 años de vida, organizó la génesis de su escuela. Era el vasto comedor de su hogar para la noble misión de enseñar. En él, ella irradiaba una energía muy especial. Los asientos eran personales, sin embargo, la maestra Rafaela iba cambiándolos cada día para que nadie estuviera siempre al frente o al fondo del pizarrón.

El salón de clases no tenía grados ni división entre más o menos avanzados en lectoescritura. Rafaela Portillo, con paciencia de Job bíblico, dedicaba muchas horas a la repetición de las letras, sílabas, palabras y oraciones. Era el método más tradicional, según la mirada de la pedagogía contemporánea, pero algunos alumnos sí aprendieron rápidamente a decodificar esa suma de símbolos y sonidos. Las letras dejaban de ser garabatos y comenzaban a tener sentido en la vida de cada uno de esos infantes.

Muchas generaciones del barrio pasaron por sus manos para aprender las primeras letras, las operaciones elementales de matemáticas, la geografía venezolana, los héroes patrios y principios de catequesis religiosa con la oración diaria antes de empezar las clases. Esos niños llegaban a las escuelas municipales o estatales sabiendo leer y dominando la escritura «de corrido» como se decía. Muchos se convirtieron en médicos, ingenieros, economistas, abogados, bioanalistas, profesores y un amplio etcétera que el país demandaba.

Adicional a ello, le dio relevancia a la Educación Física con el acompañamiento y dedicación de un estudiante de dicha carrera llamado Heberto Vega, hijo igualmente del barrio y deportista de corazón y formación. Sin teorizar demasiado, ni acumular seminarios de actualización pedagógica, intuía las necesidades físicas y emocionales de los niños más pequeños y los incorporaba a su quehacer pedagógico.

Las actividades culturales en la que los niños y niñas participaban con el entusiasmo propio de la niñez estaban siempre presentes. Los desfiles en tiempos de Carnaval fueron los primeros en darse en el barrio y eran la versión parroquial de aquéllos que se daban en las avenidas más importantes de la ciudad. Rafaela Portillo tenía una capacidad organizativa que muchos gerentes corporativos pagarían por tener.

Otro elemento cultural en el que se adelantó a toda la reflexión antropológica de los años 80 en adelante, fue el reconocimiento de nuestras raíces indígenas y la difusión de alguno de sus rituales sociales. Incluía en su acto de fin de curso el baile wayúu: la *yonna*, como homenaje y defensa de la interculturalidad que nos caracteriza a los venezolanos.

Como no todo es trabajo en la vida, Rafaela Portillo se enamoró y se casó en 1975 con el ciclista deportivo José Ángel Bermúdez Arenas. Como católica practicante se casó por la iglesia y todo el barrio la acompañó en este mandamiento católico para desearles toda la felicidad del mundo. Un accidente limitó la participación de José Bermúdez en el mundo del ciclismo, pero lo acercó a apoyar el trabajo de su esposa en las permanentes reparaciones de la casa. No tuvieron descendencia y la maestra Rafaela hizo de sus alumnos sus hijos espirituales. En el fondo, todo maestro es otro

padre o madre que la sociedad ofrece para consolidar la tarea de construir ciudadanos.

Su vida tuvo un parte aguas doloroso y al mismo tiempo confirmador de su profunda religiosidad católica. Un cáncer de mama en 1999 la obligó a abrir un paréntesis en su trabajo docente. Se sometió a los protocolos médicos de esta enfermedad, pero ella se encomendó a una santa, la Rosa Mística, para reforzar su sanación. Cuando recuperó la salud, la maestra Rafaela afirmó que había sido la intervención divina de esta virgen la que había realizado el milagro de su sanación. Por esta prueba de fe, agregó a su vida pública la misión sagrada —durante 7 años— de promover y presidir rosarios de sanación a la Rosa Mística para todas aquellas personas aquejadas de algún padecimiento, así como conversiones, cumpleaños de Acción de Gracias y apoyo a cualquier persona requerida de apoyo espiritual para superar una dificultad. Ella lo hacía por la convicción del poder sanador de la oración; de allí que su salón de clases se expandió al barrio entero con sus oraciones.

El crecimiento de la matrícula de la escuela y el espacio de la casa desbordado llevó a Rafaela Portillo a trasladar la escuela al sector norte de Maracaibo y a registrarla formalmente ante el Ministerio de Educación. Su «escuelita» ahora se llamó Escuela Básica Rafaela Portillo de Bermúdez. Allí siguió incansable su labor docente. Ahora tenía los nueve grados básicos, personal docente y administrativo y las mismas energías pedagógicas de siempre.

Se despidió un 10 de abril de 2007. Era Semana Santa. Todos la recordamos con afecto sincero. Coincidencia o no, su vida posterior a la prueba de salud duró 7 años, la misma cantidad de misterios que rezaba en honor a la Madre de Dios, quien la había rescatado para la vida.

Fue mi primera y mejor maestra. Me abrió el camino al saber enseñándome a leer en breve tiempo. Desde esa lejana fecha es lo que he hecho con mayor devoción. Hoy la honro con esta crónica de vida.



Rafaela Portillo educadora de muchas generaciones del barrio (2005)

Una líder vecinal especial: la partera Teotiste Serrano

«Las mujeres siempre han sido sanadoras. Ellas fueron las primeras médicas y anatomistas de la historia occidental... y actuaban como enfermeras y consejeras.»³

En todas las sociedades, desde tiempos inmemoriales y en cualquier grado de evolución social y cultural, han existido las mujeres que sin título oficial de médicas han salvado vidas y, muy especialmente, acompañado a otras mujeres a traer al mundo a sus hijos. Una comunidad sin parteras era como una comunidad sin líder religioso. Si bien había médicos en su definición y esencia teórica, también había mujeres encargadas de apoyar el trabajo de éstos. Ellas jugaron un rol importantísimo a lo largo de la historia de la humanidad y aparecen referenciadas en el Antiguo Testamento.

Nuestro barrio El Poniente, como expresión microcósmica de la humanidad, también tuvo su partera; se llamó Teotiste Serrano. Llenó de confianza a muchas vecinas embarazadas que no tenían acceso rápido a un hospital o a pagar un control de embarazo en consultas privadas. Su llegada en la década del cuarenta a la ciudad coincidía con la fundación de hospitales públicos, pero también

3 Ehrenreich, Bárbara. *Brujas, parteras y enfermeras. Una historia de sanadoras*. New York: Glass Mountain Pamphlet, The Feminist Press; 1973. 2. Dawley K. Perspectives on the past.

con la resistencia mental de algunas maracuchas de parir en ellos. Antes de la década del 50, las mujeres de todos los estratos sociales preferían parir en casa. Era una presunción de acto privado acompañado solamente por la familia más cercana y por la partera como ayudante. Si se le agregaba que no estaban extendidos los seguros privados de maternidad, la elección era sencilla

Teotiste Serrano, la partera del barrio, vino como tantos venezolanas y venezolanos desde cualquier rincón del país atraídos por la bonanza petrolera que, desde la década de los veinte del siglo pasado, se presentaba como la mejor oportunidad para prosperar económicamente.

¿De cuál rincón del país salió un día Teotiste para asentarse en nuestro barrio? Del suroriente venezolano; del estado Bolívar. Ella había nacido en la capital del estado del mismo nombre, 11 de noviembre de 1911. Su formación como Auxiliar de Enfermería la obtuvo en el Hospital Ruiz y Páez. Este hospital fue pionero (¿desde el año 1907!) en la preparación formal del personal de enfermería. Eran cursos de 2 años de duración con algunas falencias científicas y pedagógicas, pero establecidos por unos médicos con la convicción de formar más científicamente al personal humano interesado en salvar vidas. El que fueran mujeres las iniciadas, al principio, hablaba bien de esos doctores-gestores de la sanidad pública.

Teotiste era auxiliar de enfermería. Derivaría más tarde como partera y así se presentó en el barrio El Poniente. Pero nuestra partera no se vino sola. Acompañó a su marido Domingo Rodríguez, oriundo de la isla de Margarita, a buscar trabajo en las petroleras, pues éstas siempre «estaba reportando obreros». Frase repetida a cada momento en cada esquina de Maracaibo y poblados de la Costa Oriental del Lago. Los vecinos informantes

de estas crónicas rememoran que su esposo fue reclutado como obrero por la *Caribbean Oil Company*, una concesionaria de la trasnacional petrolera angloholandesa *Shell*, cuyos astilleros y talleres de reparación de maquinaria estaban ubicados frente al lago de Maracaibo, donde concluía la pequeña bahía que daba inicio al área rural de los hatos pequeños o Haticos. Hoy en día ese espacio lo ocupa la ampliación y empalme de la avenida 15 con la avenida Los Haticos y la principal terminal terrestre de Maracaibo: el Terminal de Pasajeros.

El matrimonio Rodríguez alquiló una casa dentro del barrio El Poniente y se ganaron a todo el vecindario con su don de gente y el apoyo que ella brindó a sus vecinas en temas de salud e higiene y ofreciendo sus servicios como partera y atención de los embarazos a nivel domiciliario.

Teotiste era alta, con un largo cabello negro que se resistió al paso de los años siempre con la misma intensidad del ébano juvenil. Sin el buen humor maracuco, su expresión era usualmente seria, pero con gran sentido de solidaridad comunitaria. Para dar más respetabilidad a su noble profesión, cuando salía a dar las rondas de cuidado a las embarazadas iba con bata blanca y un maletín de los utilizados por los médicos en el siglo XIX, dando apariencia de ser más una médica que una enfermera. En su hogar habilitó una habitación con cama de partos y disponía del instrumental médico para atender a las y los pacientes, siguiendo los protocolos de esterilización de aquellas décadas.

La señora Teotiste Serrano fue convirtiéndose, poco a poco, en una persona respetable por su sabiduría en materia de embarazos, adivinanzas acerca del género del bebé y fechas de partos. El noventa por ciento de los habitantes de El Poniente mayores de

70 años llegaron al mundo en sus brazos y tiene en su haber un porcentaje alto de aciertos en la identificación del género.

Desde los tiempos de la dictadura gomecista se hacían esfuerzos sanitarios para combatir y derrotar enfermedades endémicas que asolaban al país y mantenían una tasa de mortalidad muy alta. Un médico caraqueño, Armando Castillo Plaza, vino a Maracaibo en 1927 para organizar campañas sanitario-informativas contra el tétanos infantil apoyándose en las parteras o comadronas existentes en la ciudad. Este médico sabía de la sabiduría acumulada de las parteras de barrios y en vez de descalificarlas por tener una formación académica breve, las utilizó exitosamente para llegar hasta los confines de las zonas menos asistidas de la población.

Pero los tiempos cambiaban y el concepto de atención médica hacia la población gestante se volvía más científica e higiénica. Maracaibo se hacía más urbana y se llenaba de hospitales públicos y privados. Sin embargo, no eran suficientes para atender a toda la población en sus necesidades médicas. La modernización y el aumento de la población venezolana demandaron hospitales más grandes con especialistas en todas las áreas médicas, los embarazos comenzaron a tratarse de manera privada en clínicas y en hospitales públicos, pero alejados de la comunidad de la gestante. Las parteras como Teotiste Serrano fueron desplazadas por los ginecobstetras en consultorios sépticos. Pero ella siguió supervisando el embarazo de las habitantes del barrio El Poniente no compitiendo, sino complementando la labor de los ginecólogos como acompañante de las gestantes. Y más aún, cuando intuía un embarazo de alto riesgo o parto complicado, ella aconsejaba dirigirse al hospital para atenderse, consciente de las posibilidades que el sistema de salud público ofrecía a las gestantes en recursos tecnológicos y humanos.

Ironías de la vida, quién trajo al mundo decenas de niños al mundo de manera segura, no tuvo hijos propios. Acompañó a su esposo hasta su último suspiro en un día de noviembre de 1975 y llevó su viudez con dignidad y sobriedad, entregada al barrio y su importantísima labor médica. Su casa tenía un nicho dedicado a la Virgen del Valle, patrona de los margariteños y orientales en general. Se hizo acompañar de muchos gatos, palomas para vender las crías a las parturientas y árboles frutales de toda clase para hacer más cálida su casa.

La casa era una referencia de muchos frutales tropicales que no se podaban nunca, pues su sombra refrescaba toda la casa de la canícula marabina. Estos árboles le daban alegrías y preocupaciones, pues eran una tentación muy grande para los niños del barrio que los castigaban a punta de piedra para bajar los frutos y tomarlos del piso.

Nuestra líder vecinal, Teotiste Serrano de Rodríguez, se marchó del barrio terrenal en el mes de mayo de 1982. El Sr. Edgar Pirela no recuerda con certeza el día. Pero más importante que esa fecha es el recuerdo que conserva de su notable labor en apoyo a las mujeres embarazadas sin posibilidad de acceder a una clínica privada o a un hospital tan lejano como extraño a su entorno doméstico.

El rol de las parteras como mujeres líderes en la comunidad y como proveedoras de salud neonatal se ha debilitado en la sociedad. Es importante que nuestra comunidad médica venezolana las rescate en beneficio de los futuros hijos de la patria. En las sociedades más avanzadas como la europea tienen nuevamente un lugar (les llaman *doulas*) y son tan respetables como los médicos profesionalizados. Nosotros en Latinoamérica, con tradición desde los pueblos originarios de parteras diseminadas en todos

los sectores de cada ciudad, podemos y debemos estimular su formación y participación social. Sólo así será verdad el parto humanizado: para la madre y el niño.

La dulcera del Poniente: la señora Teresa

Los ponienteros que nacieron en la década de los años 50 (o antes), recordarán a la Sra. Teresa y sus calabazates⁴. Vivía ella cerca de la Bodega el Pan Grande, y a diario fabricaba dulces: conservas de limonzón, de guayaba, de plátano y dulces en almíbar: de lechoza, con o sin piña y de otras frutas. Su clientela mayoritaria eran los niños de aquella generación. La mejor promesa de la tarde maracaibera era ir a comprar algunos de esos dulces para embriagar el paladar y seguir jugando en la calle. Lo recuerdan los que tienen buena memoria y lo han asentado en esta crónica.

La Sra. Teresa era bajita de estatura, trigueña y rezandera. Nació en 1893, en La Cañada (antes Dtto. Urdaneta). Las letras que sabía las aprendió de Doña María Luisa Lossada, la mamá de Jesús Enrique Lossada, ese que más adelante sería el rector de la reapertura de LUZ en 1945. Todavía en su ancianidad recordaba a Doña María Luisa como «mi maestra».

Era agraciada Teresa y de ello hay pruebas en varias fotografías que se conservan de sus años mozos. Jesús Enrique le llamó alguna vez: «Reina de las negras». Casó a la edad de las muchachas de su tiempo, por allá por 1912, con Miguel Romero Atencio,

4 Dulce confeccionado con limonzón y caramelo de azúcar.

cañadero también. Trajo al mundo unos morochos de los cuales solo sobrevivió al parto una niña, que moriría de difteria algunos años después. Jamás hablaba de ese tema. Después, en 1923, trajo al mundo otros morochos, Miguel Ángel y Bienvenida. Este es el Miguelito que fue una vez propietario de la Bodega El Pan Grande, y que muchos ponienteros conocieron por décadas, pues vivió en el barrio hasta su muerte, a los 85 años.

La Sra. Teresa llegó a Maracaibo en los años 40. Primero vivió alquilada en una casita cerca de la Cañada del Cacaíto, uno de los linderos naturales del barrio. Cuando Miguelito compró su propia vivienda en 1949 (diagonal a su bodega), se mudó al Poniente y aquí vivió hasta 1963. A partir de ese año se mudó a una casa propia en la Pomona a cien metros del Café Imperial, construida especialmente para ella.

Volviendo a los dulces, éstos eran solo una parte de la diaria tarea de la Sra. Teresa de «buscar a Dios». Ella cosechaba además otros productos, como flores, que se le daban muy lindas gracias a sus esmerados cuidados: limpieza diaria de malezas, poda sólo en menguante, y amor, mucho amor.

En su patio, además de las flores, se cosechaban guayabas, mangos, chirimoyas, guanábanas, lechozas y hasta limonzones. Había también otras especies como barbacoas de cebolla en ramas, orégano y albahaca, que también se vendían. No sólo de vegetales vivía la Sra. Teresa; en su vasto patio criaba gallinas y pollos, y para navidad engordaba un pavo, ingrediente especial de sus hallacas.

Vendía también la Sra. Teresa, «politos» de jugo de frutas y de otros sabores como leche y chocolate. Éstos eran congelados en su propia nevera, una de esas fabricadas en los años 50 que hacían abundante escarcha, pero duraban 30 años, casi sin

mantenimiento. La permanente escarcha debía limpiarse una o dos veces cada semana y ello era parte del proceso de confección de los «politos».

Los precios de los productos que vendía iban de una locha hasta un real⁵. Con estos modestos ingresos, bandeaba el fogón la Sra. Teresa y su hija Bienvenida. Su marido hacía años que nada quería saber de ella, ni de la hija. En realidad, vivían de esas pequeñas ventas y de la puntual ayuda de Miguelito, que para esos años asumió un segundo empleo, de 5 a 9 pm, para poder colaborar con su madre y hermana.

Era muy celosa la Sra. Teresa del bienestar de su arboleda. Solía agarrar tremendas rabetas cuando alguien trataba de cosechar alguna fruta lanzando palos o piedras a las ramas que daban a la calle. Al percatarse de la agresión, salía a toda velocidad a reprender al atacante y gritando a todo pulmón: «las matas no se golpean», aunque sin decir palabrotas que nunca utilizaba. Nunca.

Cuando se mudó del Poniente a su nueva casa continuó haciendo sus dulces para su mercado natural que era todo el barrio. Los niños de antes eran ahora los adultos que seguían demandando el delicado sabor de sus confiterías. Sembró de nuevo árboles frutales y utilizó las cosechas para su modesto negocio. Siempre, siempre estuvo acompañada por su devota hija, Bienvenida, quien heredó los secretos de la dulcería criolla.

La enfermedad de la diabetes la consumió en sus últimos años hasta una tarde de agosto de 1977 cuando se despidió de todos; había vivido 84 años entre la atención de su variado huerto frutal,

5 Locha = Bs. 0,125 y un real = Bs. 0,50.

supervisando el punto exacto de la miel de azúcar para los calabazates y los rosarios de la virgen a las 5 en punto de la tarde.



Sra. María Teresa de Jesús Virla de R., dulcera de toda la vida.

La patrona espiritual del Poniente: la Rosa Mística

Cuando el barrio El Poniente tomaba forma como comunidad no solo de hombres y mujeres recién llegados de todas partes, sino de familias construyendo una vida social en común, la fe religiosa los acompañaba. Del oriente venezolano traían imágenes de la Virgen del Valle; de los Andes, al Santo Cristo de la Grita; de Lara, a la Divina Pastora y así se mostraba la devoción espiritual que los católicos tenemos por nuestros santos particulares.

Nuestro barrio agradeció la construcción por parte de los padres Paules a finales de la década del 50 de una Iglesia para honrar la devoción a Nuestra Señora de la Medalla Milagrosa, imagen aparecida en 1830 a una religiosa de la Orden francesa Congregación de la Misión San Vicente de Paúl. Este templo y el colegio erigido detrás de la iglesia fue la confirmación del trabajo misional y educativo de los hermanos Paules en el sur de la ciudad.

Ahora bien, no es la única patrona espiritual del sector. Otra aparición mariana más reciente también ha llegado para reforzar la fe que esta comunidad: la virgen María, Rosa Mística. Si bien su culto comenzó en Italia, en 1966, la difusión de su imagen alrededor del mundo la hizo conocida entre los habitantes de esta comunidad. Varias personas confirman haber recibido las gracias espirituales en forma de sanación de graves enfermedades y protección ante la maldad humana.

En anterior crónica se ha hablado de la sanación milagrosa de la maestra Rafaela Portillo. Cuentan los sobrinos de Rafaela que cuando estaba recibiendo tratamiento para su dolencia, la Virgen se le había manifestado en una oración y le había expresado que no temiera, pues sanaría de la enfermedad del cáncer. Esa aparición la llenó de fe y esperanza. Al materializarse su sanación, transmitió a nuestra comunidad su historia y su decisión de promover rosarios de sanación a todo el que necesitara apoyos religiosos para enfrentar con devoción espiritual cualquier enfermedad invasiva. Hizo estos rosarios de sanación por siete años antes de su partida de este plano físico. Coincidencia o no, siete es la cantidad de misterios que deben rezarse en el rosario de la Rosa Mística y fue el tiempo que la vida le concedió a Rafaela Portillo para inspirar en otros la fe mariana.

Otra de las familias que ha recibido bendiciones de esta virgen es la familia González Cobo. El hijo mayor de Telemina Cobo y Humberto González, Humberto José, quien perdió a su hijo de tan solo 18 años en un accidente de tránsito, sintió en algún momento de su más oscura noche depresiva un llamado a recuperar el sentido de la vida y la esperanza, y afirmó a esta cronista que a su mente vino la imagen de la Rosa Mística. Después de meses de silente dolor y tristeza, sintió un alivio espiritual, extraño, pero confortante. Humberto volvió con serena alegría a sus compromisos cotidianos. Agregó a su rutina diaria una actividad más: rezarle a dicha santa un rosario en el que solicita humildemente bendiciones para los presentes y los ausentes de este mundo.

Otra manifestación mariana para esta familia fue una mañana, cuando dos ladrones esperaron que se abriera la puerta de su garaje para penetrar en la casa y conminar a punta de pistola que le entregaran el automóvil, todo el dinero de la casa y las prendas

de oro. La señora Telemina comenzó a pedir a la Rosa Mística que protegiera a sus hijos, inmovilizado con un arma en la sien. Sus ruegos fueron tan energéticos que los ladrones buscando el dinero y las prendas en los cuartos, intempestivamente soltaron a su hijo, salieron corriendo y olvidaron las llaves y los relojes que habían arrebatado antes. Apenas era un cuarto para las seis y no había gente transitando por la calle. ¿Quién los desalentó? Telemina no tuvo dudas: ¡Fue Ella!

Otro testimonio de las bendiciones marianas lo ofrece el señor Jesús Enrique Pirela. En 2007 su devoción por la Rosa Mística le llevó a solicitar su intersección para superar un problema personal. Al recibir los favores y superar su dificultad, decidió pagar la promesa haciendo una modesta procesión en las calles del barrio y rezando su específico rosario. Luego de 10 años de procesiones mensuales, «Pachú» para todos los vecinos del barrio, le dedica un rosario los días 13 de cada para el cual invita a todos los vecinos y creyentes de la Rosa Mística.

La fe moviliza montañas en algunos casos, en otros más modestos, pero igualmente auténticos, moviliza a una comunidad entera a orar y mantener la vivencia mariana.



Imagen de la patrona del barrio antes de salir en procesión cada 13 de julio.

II

UN BARRIO LLENO DE «CABEZAS CALIENTES»

Los hermanos Taborda, primeros comunistas del Poniente

En el año 1922, cuando la industria petrolera se consolidó en el estado Zulia a raíz del estallido del pozo Barroso II en las afueras de Cabimas, la migración interna hacia el estado se acentuó. Este aluvión migratorio interno atrajo a hombres y mujeres de todo el país. Las áreas de producción estuvieron siempre en la Costa Oriental del Lago y las áreas administrativas y talleres en la ciudad de Maracaibo y sus alrededores. Los asentamientos humanos hacia el sur de la ciudad iban desdibujando el perfil rural de los pequeños hatos y anunciando un reordenamiento urbano. Se iban construyendo casas al más puro estilo hispano (unas pegadas a la otra) para albergar a todos esos migrantes que llegaban todos los días al Zulia.

En los inicios de la bahía de Los Haticos se había construido hacia 1870 un palacete como casa de habitación del empresario francés Benito Roncajolo, quien obtuvo concesiones para desarrollar vías férreas que contribuyeran con el desarrollo agrícola del país. Con el tiempo, dichos proyectos ferrocarrileros de la familia Roncajolo entraron en crisis y se cancelaron por razones económicas. Se marcharon de Maracaibo y su inmensa casa quedó deshabitada.

La empresa *Caribbean Petroleum Company*, lo alquiló primero en 1913 y luego, en 1922 lo compró y estableció sus oficinas. Los talleres y el mini puerto de cabotaje se ubicaban en toda la orilla

del Lago. Estos espacios operacionales demandaban abundante mano de obra y el subsecuente personal que de manera indirecta se vinculaban a la compañía petrolera.

La migración interna hacia este estado estuvo compuesta por carpinteros, albañiles, pescadores, agricultores, campesinos y muchos hombres y mujeres analfabetos, pero dispuestos a aprender algún oficio que le significara mejoras en sus condiciones de vida.

En 1925 llegó a Los Haticos a buscar trabajo como carpintero en la *Caribbean* un margariteño de 16 años llamado Manuel Taborda Marcano. Obtuvo el empleo y se impactó de las condiciones de trabajo tan duras y sin garantías de ningún tipo. Sin embargo, las compañías petroleras eran una fuente de empleo seguro ante el marasmo económico del resto del país y por eso invitó a sus hermanos Fernando y Lino a venirse al Zulia. Este último, también entró a trabajar en dicha empresa y alquiló una casa en los montículos aledaños a Los Haticos: el naciente barrio El Poniente. Siguiendo el ejemplo de su hermano Manuel Taborda, Lino también alquiló una casa en el mismo barrio y junto a su hermano inició el trabajo clandestino de organizar a los obreros petroleros. La denuncia de las excesivas horas de trabajo y la ausencia total del derecho al reclamo iba acompañada de la necesidad de agruparse en sindicatos, organismo más político-gremial que las sociedades o juntas benéficas y de mutuo auxilio. Era igualmente la oportunidad de difundir las ideas comunistas que los obreros discutían ampliamente en la Europa industrializada.

¿Por qué los hermanos Taborda conocían las luchas de la clase trabajadora en el extranjero para alcanzar derechos socioeconómicos? Estos hermanos habían aprendido a leer de la mano de su padre, maestro de escuela en la ciudad de Juan Griego en su lejana Margarita y desde 1919 fluían materiales escritos sobre

la primera revolución social del siglo XX: la Revolución Rusa. Igualmente, los marinos y obreros norteamericanos, junto a algún ingeniero humanista de las compañías petroleras, difundieron de manera clandestina folletos y pasquines de la Internacional Comunista. Estos materiales, que circularon tanto en la zona petrolera de occidente y oriente como en Caracas, fueron etiquetados de ideas sediciosas; estaban prohibidos. El gobierno del General Gómez había incluido un inciso en la Constitución del año 1928 en el que expresamente se decía: «Queda también prohibida la propaganda del comunismo». Los venezolanos, y más los obreros petroleros, debían ocultarse para leerlas y discutir las.

Con esa información de carácter subversivo para la época, los hermanos Taborda se formaron ideológicamente en el ideal comunista e ingresaron al clandestino Partido Comunista en 1931, año de su fundación. Con los inicios de este partido político hubo dos grandes bloques: los de la región capital y los miembros del Zulia diseminados entre Maracaibo y la Costa Oriental. Los hermanos Taborda iniciaron la organización política de los obreros de la *Caribbean*. ante los rumores de la precaria salud del presidente vitalicio, general Juan Vicente Gómez.

En diciembre de 1935, aprovechando las luchas del clan gobernante por la sucesión del dictador Gómez, Lino, junto a su hermano, reunieron a los obreros de la *Caribbean* detrás del castillo de los Roncajolo y constituyeron una junta sindical clandestina para defender los derechos de los obreros. Iniciaron así la formación de sindicatos en las áreas petroleras y su prueba de fuego fue la huelga petrolera de diciembre de 1936, coordinada por este naciente Sindicato Petrolero de Maracaibo y el Sindicato de Obreros y Empleados Petroleros De Cabimas (SOEP). ¿Cuáles eran las exigencias? Un aumento salarial y condiciones de trabajo

más dignas como servicios médicos, descanso semanal remunerado y libertad sindical.

Lo anterior significó la persecución de los hermanos Taborda por parte de los guardianes de las concesionarias en colaboración con la policía política del gobierno del General López Contreras. Su hogar del Poniente estaba sigilosamente vigilado y hacía obligatoria la ausencia de los dirigentes gremiales. La tímida apertura democrática posgomecista significó la libertad de reunión y ese fue el vehículo que usaron los seguidores de las ideas socialistas para difundir estos principios sociales.

Al concentrarse la actividad petrolera en la Costa Oriental del Lago, la compañía petrolera *Shell* mudó sus instalaciones del sector Los Haticos y la actividad gremial de los militantes comunistas del barrio se dispersó por todo el país.

Las convicciones políticas de Manuel Taborda lo llevaron fuera del barrio a iniciar la azarosa vida clandestina. Disfrazaron sus identidades para organizar a la nueva clase social que el petróleo había impulsado: la clase obrera. Debíó esconderse durante muchos años para realizar su trabajo político-ideológico y sortear la previsible prisión por sedicioso. Él y otros compañeros estuvieron, además de las ciudades de la Costa Oriental del Lago, en Falcón, el oriente venezolano: Monagas, Anzoátegui, conformando sindicatos y educando ideológicamente a los obreros en las luchas gremiales y defensa de sus derechos ante las patronales extranjeras.

La consolidación de la democracia representativa en la década de los sesenta le dio un lugar a los partidos y representantes socialistas y comunistas. Así, los hermanos Taborda pudieron realizar actividades políticas legalmente en todo el país, defendiendo sus ideas derivadas del marxismo-leninismo entre la base de la industria petrolera. No hizo vida comunitaria en la barriada, pues

vivía viajando dentro y fuera del país defendiendo los derechos de la clase obrera. Sus últimos años de vida fueron más apacibles en su casa del barrio El Poniente, Av. 105 Principal, N° 18 B-22.

Disfrutó de las alegrías filiales que le dieron sus hijos: Zadel, Tisbe, Lina, Ligia y Jorge Taborda, todos con títulos universitarios y trabajando por la Venezuela laboriosa y constructiva. Vivió de forma austera como había sido toda su vida de promotor de ideas sociales, persecuciones y luchas gremiales sin claudicar ideales. Falleció en Maracaibo un 3 de mayo de 1980.

Cayetano Montiel

Fueron muchos los vecinos del barrio los que se unieron al Partido Comunista, en sus primeros años de fundación, en 1931. El partido estaría proscrito constitucionalmente hasta 1945 cuando fue legalizado por el gobierno del Gral. Medina Angarita. Fueron tiempos de apertura democrática en Venezuela y un eco de la temporal alianza norteamericana-soviética contra el régimen militarista nazi.

Previos a esos vientos de cambio político-ideológico, la fiebre anticomunista desde los tiempos de la dictadura gomecista se hacía sentir y fueron muchos los venezolanos en general y marabinos en particular los que sufrieron persecuciones político-ideológicas. Francisco Ocando, Andrés Hernández y Cayetano Montiel son los nombres que los habitantes más ancianos recuerdan como «cabezas calientes» del barrio.

Este último, el señor Cayetano Montiel había nacido en 1903, en la Cañada de Urdaneta, antiguo distrito Urdaneta del estado Zulia. Él fue uno más de los que vino a vivir al barrio buscando mejores oportunidades de vida. La pujanza económica de la ciudad lo hacía al alcance de la mano.

Nuestro vecino Cayetano Montiel Hernández ejerció varios oficios en empresas privadas que iban estableciéndose en toda la avenida principal de los Haticos. Sin embargo, su anhelo de independencia lo llevó a abrir un abasto como sustento de vida. Hizo trabajo social en todo el sector formando parte de la Junta

Promejoras del Barrio el Poniente en la década del 40. Década muy activa en la vida venezolana, políticamente hablando, pues se respiraba un ambiente de gran amplitud ideológica y de participación ciudadana como forma de consolidación de la democracia. Él no era activista sindical; era un idealista deseoso de que la justicia social se esparciera por todo el país. Y de las ideas, pasó a los hechos.

El señor Cayetano se incorporó a la Junta para acelerar el rostro urbano al barrio promoviendo la incorporación de todos los servicios de infraestructura urbana como alumbrado público, sistema de aguas blanca y servidas, pavimentación de las calles, etc. Su activa participación aún en tiempos de la dictadura del Gral. Marcos Pérez Jiménez hizo posible que en el barrio se construyeran 2 escuelas.

La Técnica Femenina incentivó la participación de las mujeres en las actividades productivas del sector servicios y comercial. Esta Escuela Técnica Femenina de Maracaibo ofrecía formación media en Enfermería, Puericultura, Trabajo Social, Contabilidad, Secretariado y un título medio que afortunadamente fue superado por la incorporación de las mujeres a la universidad, el de Demostradora del hogar. Igualmente, apoyó la construcción de una escuela primaria para sustituir a una «escuelita» del sector Pravia. La escuela fue nombrada Don Rómulo Gallegos en homenaje al escritor venezolano, en el exilio para la época, y abrió sus puertas en 1957. Este nombramiento le dio una pátina de amplitud ideológica al régimen dictatorial, en la figura del gobernador del estado, Nestor Prato.

Cuando en 1959 triunfó la revolución socialista en Cuba, Cayetano se dedicó en su modesto abasto llamado Sebatopol —nombre asociado a la lucha de los comunistas rusos en dicha

ciudad—a colocar en altavoz la emisora oficial del gobierno cubano, con el estridente lema: «RRRRadio Habana, Cuba, terrrrritorio libre de América». Se identificaba con las ideas socialistas que desde la isla se difundían en dicha radio.

Ahora bien, en Venezuela, la dictadura de Pérez Jiménez había dado paso a la democracia representativa. Estaba a prueba la estabilidad del recién estrenado gobierno y las ideas socialistas o comunistas no formaban parte del programa ideológico de Acción Democrática.

La persecución ahora era hacia los militantes del partido comunista. La policía política de aquellos años (DIGEPOL) lo detuvo varias veces por «supuestas actividades subversivas». Lo encarcelaron, lo torturaron. Saqueaban las mercancías del negocio, tiroteaban las botellas en exhibición y otras miserias que el abuso del poder expone impunemente.

¿Cuáles eran estas actividades subversivas? Preparar paquetes de comida para los camaradas presos o en la clandestinidad y la venta del periódico del partido Comunista de Venezuela (PCV), Tribuna Popular hasta 1963 cuando fue nuevamente proscrito. El periódico costaba el simbólico precio de 1 bolívar.

Aunque sus descendientes no puedan afirmarlo de manera tajante, debió darse una evolución ideológica en el señor Cayetano. Fue un defensor de las ideas de la socialdemocracia, pero derivó hacia los ideales socialistas difundidos por los vecinos y militantes del Partido Comunista de Venezuela, junto a los materiales escritos que circularon libremente. Él vivió en la misma cuadra del líder sindical comunista Manuel Taborda. No es insensato pensar que intercambiaban ideas sobre la mejor manera de hacer progresar al país y consolidar la justicia social.

Muchos vecinos comunistas se unieron al movimiento insurreccional guerrillero en la década de los sesenta; pasaron a la clandestinidad y se marcharon de nuestra comunidad. Los habitantes del barrio, por temor y sentido de supervivencia, se desligaron de estas familias ante la severa represión gubernamental y debieron esperarse años para que las aguas políticas les devolvieran la legalidad a los miembros del Partido e hicieran uso de los derechos constitucionales de asociación y participación política sin persecución alguna.

Pero Cayetano Montiel era demasiado idealista para empuñar un arma o formar grupos subversivos. Era un venezolano más sediento de justicia social y deseos de hacer cumplir promesas que no se habían materializado con la caída de la dictadura perrejimenista. Cuando los tiempos democráticos se consolidaron y los miembros del Partido Comunista dejaron de ser perseguidos, a la bodega del Sr. Cayetano llegaban a conversar compañeros ideológicos como Pantaleón García, los hermanos Taborda, Andrés «Mayita» Hernández, entre otros líderes locales.

Cayetano Montiel tuvo siete hijos en total. seis descendientes con su prima hermana María Julieta Montiel, quien falleció muy joven. Con su segunda esposa, Cira Mirtha, tuvo dos hijos, pero sólo sobrevivió Carlos Luís Montiel, hoy también fallecido. Su segunda esposa veló por los hijos del primer matrimonio como prueba de amor perdurable hacia su esposo. Era hogareño, disfrutaba de la crianza de sus hijos y era compasivo con el dolor ajeno.

Le gustaba el boxeo, el béisbol y el reconocido locutor y vecino de unas siete puertas más allá, Olimpíades Linares Rivas, le informaba desde la radio los encuentros entre los equipos nacionales y extranjeros. La televisión le hizo conocer y admirar un espectáculo medio verdad, medio mentira: la lucha libre.

Los habitantes del barrio El Poniente percibieron en la década del sesenta una prosperidad material con la masificación de escuelas públicas, empleos en otras áreas no petroleras, mejoría en la infraestructura urbana y centros vocacionales y giró ideológicamente hacia ideas más conservadoras. La democracia representativa de la Constitución de 1961 se consolidó en las mentes de los ponienteros y los principios comunistas y sus defensores fueron identificados más como una amenaza política a sus bienes privados, que como una esperanza de redención social colectiva.

Quedó, eso sí, en la memoria de los habitantes más longevos los nombres de esos hombres que difundieron las ideas marxistas y que fueron vistos primero como amenaza, luego como mentes equivocadas. Los vecinos identificados como «cabezas calientes del barrio El Poniente» vivieron predicando el ideal comunista y practicándolo en su vida pública. Lejos de pactos y negocios turbios y defendiendo los intereses de la clase obrera hasta su último aliento.

Nuestro vecino, comprometido ideológicamente con las causas más justas de la humanidad, pero manso en el accionar subversivo, se marchó al otro mundo un 31 de agosto de 1980 a la respetable edad de 77 años. A algunos miembros comunistas les cabe la definición del San Francisco de Asís: «La verdadera enseñanza que transmitimos es lo que vivimos; y somos buenos predicadores cuando ponemos en práctica lo que decimos».



Cayetano Montiel y su amada esposa Cira Mirta

III

AQUÍ SE JUEGA BUEN BEISBOL

Olimpiádes Linares Rivas: una vida narrando el béisbol

Narrar y comentar un partido de béisbol en Venezuela amerita tanta pasión como la que dedicamos a un gran amor. El locutor Olimpiádes Linares Rivas, conocido entre vecinos, amigos y periodistas deportivos como «Pía», comentó con emoción única los aciertos y errores de un partido de béisbol y vivió en El Poniente toda su vida.

Nació en el barrio El Saladillo el 1 de octubre de 1925. A los 12 años se mudó junto a su familia al barrio y su biografía es la muestra personal de la historia de Venezuela en el siglo XX. Su padre, un experto albañil, debió leer y admirar a los poetas parnasianos del siglo anterior y los homenajeó asignando a sus 2 hijos mayores nombres griegos: Olimpiádes y Lisímaco. Para su tercera hija retomó la onomástica hispana con el nombre de Edelmira.

Sufrió de niño la enfermedad del tifus y le dejó una secuela insalvable para los deportes: la debilidad orgánica. Igualmente, las penurias económicas solo le permitieron estudiar hasta cuarto grado. Pero la radio había llegado a todo el país y dos equipos de béisbol profesional habían popularizado (¡y hasta nacionalizado!) este deporte en el Zulia. Eran los equipos de Gavilanes y Pastora, con fanáticos fieles que comentaban ampliamente cada encuentro.

Olimpiádes se aprendió las reglas del béisbol y cuando se mudó al Poniente, éste estaba lleno de solares y los fines de semana se formaban «caimaneras» de béisbol con gradas improvisadas que

el joven Olimpíades, encaramado en un árbol de cují, narraba y comentaba. La energía que escaseaba en el cuerpo sobraba en la voz, lo suficientemente alta para ser escuchada por los espectadores. Había descubierto la pasión y profesión que duró toda su vida. Y en el futuro lejano le dio otro apodo del que se enorgullecía, «La biblia del béisbol».

Comunicó a la familia su decisión de ser locutor y recibió el apoyo decisivo de la mano de su madre. Ella había guardado celosamente unas morocotas y para salvaguardarlas de los amigos de lo ajeno las había pegado en la base externa de su baúl. Las vendieron y Olimpíades junto a su padre marcharon a Caracas a presentar su examen de locución. Era principios del año 1944 y el destino de comentarista radial estaba escrito. Aprobó con éxito el examen a los 19 años y fue el locutor N° 427.

Su devoción por este deporte no terminaba con los atinados comentarios de los equipos de la liga de béisbol venezolana. En diciembre de 1953 inició un programa deportivo que aún hoy se sigue transmitiendo en la radio zuliana: *El Deporte en Marcha*. Fue en la emisora pionera de la radiodifusión comercial, *Ecos del Zulia*. Desde este programa siguió toda la carrera de Luis Aparicio Montiel en Venezuela y los Estados Unidos, haciendo dupla con su hermano menor y locutor, Lisímaco Linares R. , conocido como «el *fatty* Linares» por su exceso de peso. Igualmente, transmitió programas musicales con un eslogan que se haría popular entre los radioyentes, «muchas noches y muy buenas gracias».

A través de la radio y sus emisoras en onda corta conoció las proezas de un equipo norteamericano, los Yankees de Nueva York. Aprendió inglés técnico leyendo el *Daily Journal* para actualizarse en las estadísticas de la liga de beisbol norteamericana y de su

equipo favorito. Podía enumerar los registros de estos deportistas con precisión de relojero suizo.

En 1962 se casó con la señorita Nora Finol, y a sus hijos les dio nombres de sus héroes de beisbol... norteamericano. Así, trajo a este mundo a Roy, Rocney y Royster. La tradición de nombres griegos estaba fuera de moda en Maracaibo. La sociedad venezolana estaba influenciada por la cultura norteamericana y los nombres propios lo evidenciaban.

Esta enciclopedia tanto deportiva como cultural era de un carácter amable y nunca perdió su humildad. Metódico en sus hábitos de vida y trabajo, sus horarios de trabajo y descanso estaban establecidos con rigurosidad. Su viuda confirma que los comentaristas deportivos de Caracas, Juan Vené y Luis Verde lo llamaban por teléfono para confirmar datos del deporte, fuera béisbol, boxeo, atletismo. Fue columnista del diario Panorama por un tiempo, pero nunca abandonó la radio y desde la década de los ochenta formaba parte del circuito radial del equipo zuliano, las Águilas del Zulia. Escucharlo era transportarse a las gradas del estadio por la precisión en la descripción de la jugada y la emoción de comentarla como impresionante o un batazo de imposible alcance.

La vida de Pía Linares, entregada a difundir el deporte en todas sus manifestaciones y niveles a través de la radio, le mereció innumerables reconocimientos regionales. Su honradez y humildad seguía intacta y reactivaba el lejano pasado juvenil, animando las caimaneras domingueras que se formaban en el frente de su hogar.

Falleció un 20 de febrero de 2004, debido de una larga enfermedad. A partir de 2011 en homenaje a su memoria y devoción deportiva la Alcaldía de Maracaibo y su Cámara Municipal establecieron el Premio Olimpíades Linares Rivas a los comunicadores

sociales del área deportiva regional y el 18 de noviembre de 2021 fue ascendido al *Hall* de la Fama Deportiva como el mejor comentarista de béisbol de todos los tiempos en la región.

El barrio aún recuerda su voz, junto a su hermano «el *fatty* Linares» y su despedida radial, «Muchas noches y muy buenas gracias».



El locutor Olimpiades Linares en sus inicios radiofónicos en la emisora Ecos del Zulia

De recogebates a mánager de las Pequeñas Ligas: Douglas Casado ha vivido para el béisbol

Maracaibo es, desde inicios del siglo pasado, una ciudad deportiva. El béisbol como deporte fue incorporado a nuestra vida social con la llegada de las trasnacionales petroleras. Su difusión fue a través de transmisiones radiales e invitaciones a su práctica en los estadios de sus clubes, tanto en la Costa Oriental del Lago como en Maracaibo. Ahora bien, no se quedó en esas instalaciones privadas. Este deporte se venezolanizó e hizo de cada calle ancha en las comunidades un campo de juego improvisado en el que se ponía en práctica sus reglas y se vivía con emoción infinita cada jugada en el *home plate* o un largo jonrón que obligaba a buscar la pelota en los tantos patios llenos de árboles.

En la crónica anterior hablamos del «Pía» (Olimpiades Linares Rivas), narrador deportivo quien dedicaba parte de su tiempo libre a narrar los encuentros de béisbol entre los dos equipos que se conformaban en el barrio un domingo cualquiera.

Un barrio nacido al calor de la actividad industrial y petrolera de los Haticos también incorporó el béisbol como deporte masivo, e hizo de cada niño y adolescente un practicante y seguidor de los equipos regionales que movilizaban y llenaban de pasión a los marabinos. Otro reconocido beisbolista vecino de este barrio fue Jesús María «Manduco» Portillo, cátcher del equipo Pastora. Era

tan bueno que lanzaba sentado a la segunda base cuando alguien osaba a robarla.

Uno de esos habitantes del barrio que hizo del béisbol su vida fue Douglas Enrique Casado. Nació en el barrio en el año 1951 y desde los 12 años comenzó a jugar en las calles la versión criolla («la pelota de goma»). A los 14 años se incorporó al equipo organizado por el vecino Euro Alonso en sus empresas locales. Igualmente participó en el equipo de la empresa fundidora de metales, Fundición Poniente.

Para mejorar su técnica comenzó a ir a los campos de entrenamiento de la *Creole* en el Club Social La Lago, en la zona norte. Allí comenzó como recogeates. Su habilidad y condición física le ayudaron a ser incorporado en las diferentes posiciones. Su posición preferida en el béisbol desde niño fue el de campo corto o *short stop*. Ahora bien, se ha movido con asombrosa facilidad entre el béisbol y el softbol, en este último siempre como pícher.

Su vida ha girado alrededor de este deporte y al mismo tiempo que se abría paso con conjuntos infantiles y juveniles del barrio, también formaba parte de las oncenas de empresa consolidadas en la ciudad como la *Coca-Cola*. Asistió, al paso de los años, al campo de entrenamiento en el Alejandro Borges para conformar la Liga de Béisbol Junior.

Un momento de particular gloria deportiva lo vivió en el año 2001 cuando lanzó como pitcher de softbol ¡tres juegos en un mismo día! Comenzó en la mañana. Siguió al mediodía y al final de la tarde. En todos los encuentros ganó el equipo con el que jugaba.

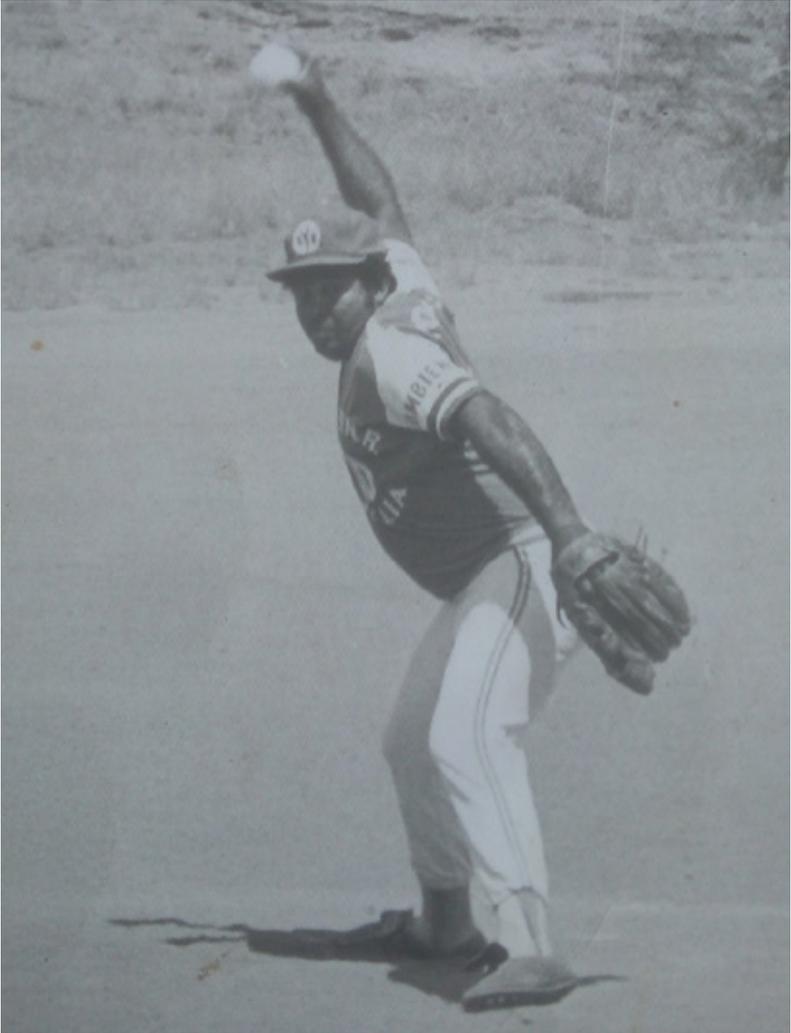
Douglas Casado recuerda con emoción que alternó con el recordado pitcher zuliano José «Carrao» Bracho en los juegos interministeriales en los estadios del municipio San Francisco

y que establecían apuestas acerca de quien ponchaba más jugadores. Era más que una apuesta, una sana competencia de auto control y dominio de los tipos de lanzamiento que ambos habían perfeccionado.

Como la edad ya no le permitía jugar en ligas profesionales, estaba a disposición de los diferentes equipos de las empresas y ministerios de la ciudad para jugar en sus campeonatos internos y regionales. Ese mismo 2001, un entrenador guariqueño llamado Natividad Bermúdez lo llamó para que dirigiera el equipo de pequeñas ligas del Ministerio del Ambiente en la municipalidad de San Francisco. Dirigió con éxito este equipo infantil por siete años consecutivos llenándolo de triunfos locales y regionales y formando nuevas generaciones de jugadores para el Béisbol Profesional.

En su vida privada conformó familia con Marlene Chacín, hoy fallecida y quien le dio tres hijos: Douglas Alberto, Dailenis y Deiluis, todos profesionales viviendo en el mismo barrio y fanáticos del béisbol y el softbol, pero... desde las gradas. Viven el deporte a través de las glorias de su padre.

La emoción de jugar Béisbol sigue viva como siempre; sin embargo, hoy en día, la disfruta relatando esos recuerdos a la espera de una operación de la rodilla derecha, que le impide estar activo profesionalmente y en su vida privada. Aspira a seguir dirigiendo a los jóvenes que enriquecerán las cifras de beisbolistas zulianos en las estadísticas de este deporte nacional.



Douglas Casado pitcher de béisbol y softbol en su juventud. Gloria deportiva del barrio.

IV

**TALLANDO MADERA Y
HONRADEZ**

El Poniente: un barrio de carpinteros

Como en las historias más ejemplares de la tardía Edad Media europea, las familias dedicadas a un oficio o arte manual se reproducen en este lado del mundo. Los talleres de artesanos que se desarrollaban en las villas medievales estaban conformados por familias que desde varias generaciones se dedicaban al mismo oficio, heredando sus descendientes no solo el instrumental de trabajo, sino los secretos de la profesión. Sí, la profesión. Una de esas profesiones, tan antigua como la humanidad es la carpintería. Y sus oficientes, los carpinteros son escultores de la madera para hacer objetos prácticos con sensible visión estética.

El barrio El Poniente albergó desde la década del cuarenta del siglo pasado una cantidad de carpinteros asombrosa si se toma en cuenta el delimitado espacio. A este sector llegaron por diferentes razones y vías varios artífices de la madera con un solo norte, demostrar su talento, su amor al trabajo constante y dejar huellas en la vida de la comunidad con las sólidas familias que formaron, y hoy sus descendientes son sus herederos espirituales. Con apenas una calle de por medio, vivieron dos carpinteros venezolanos y uno venido de la vecina Colombia a ofrecerle a la comunidad y a la ciudad en general sus muebles utilitarios de sólida construcción y sobria apariencia. En el sector vivieron muchos carpinteros: Ramón Pirela Molina, Ramón Carrizo, Eromides Vega y tantos otros. La industria maderera, desde finales del siglo XIX, estaba

ampliamente explotada, pues el lago de Maracaibo era la gran vía de comunicación y las embarcaciones eran de madera hacían imprescindible la contratación de numerosos carpinteros, y ebanistas para la construcción de dichas embarcaciones.

Esta noble profesión estuvo apoyada por un señor carpintero, llamado Alfredo Pirela quien fundó una carpintería que incluía taller y sala de exposición y venta. Se llamó Carpintería La Modelo y era referencia en el barrio y su extrarradio por los muebles de alta calidad y buenos precios. En ella aprendieron el oficio-arte futuros ebanistas quienes se independizaron y formaron sus propios talleres, algunos en nuestro patio, otros en el resto de la ciudad. Hablaremos de dos personas dedicadas a tan noble oficio que hace recordar al de nuestro señor Jesucristo.

Hernán Pirela, carpintero fanático de las Águilas del Zulia

El Señor Hernán Pirela descendía de un falconiano atraído por la riqueza petrolera, que con sus necesidades materiales trajo sus aparejos de carpintería para asentarse en este estado. La necesidad era mucha y la voluntad para el trabajo imperiosa, puesto que, en aquellas décadas, en Venezuela la escolaridad formal era vista como un lujo inalcanzable para los más humildes y las familias debían incorporarse temprano a los trabajos elementales así fueran mal remunerados. El futuro carpintero Hernán Pirela comenzó como aprendiz en la carpintería Modelo a los 13 años, aprovechando el lazo consanguíneo con el dueño. Allí se sintió en su elemento y como miembro de una dinastía de ebanistas honestos y muy trabajadores, aprendió todos los misterios de la madera, acompañado, probablemente, por el espíritu de sus ascendientes ebanistas que venían a confirmar la nobleza del oficio.

Su vida fue el trabajo tesonero de lunes a lunes en su propio taller que abrió en 1979 como expresión de progreso material. Lo abrió en el patio de su casa y lo equipó de maquinarias compradas con los ahorros cuidadosamente reservados de sus precedentes trabajos. Su otra devoción fue la familia. Hernán Pirela, junto a su amada esposa, Dalia Perozo constituyó una sólida familia y tuvieron 10 hijos; todos vivos y activos. Se casaron muy jóvenes,

quinceaños para ser más exactos. A despecho de su juventud, lo hicieron con la conciencia de que estarían siempre juntos en las buenas y en las malas. Solo la muerte les arruinó el juramento en 2015, cuando el señor Hernán falleció.

Conoció las íntimas alegrías de la profesionalización de la mayoría de sus hijos y la honra pública por su excelente trabajo en juegos de muebles para sala, dormitorio y bibliotecas. Compartió trabajos de ebanistería con sus pares y vecinos sin celos profesionales, solo la convicción de que todos eran excelentes talladores de la olorosa madera venezolana. Hoy su hijo Hernán Enrique y su nieto Hernán siguen la tradición de la carpintería en el taller legado por su padre.



Sr. Hernán Pirela celebra con su esposa Dalia de Pirela uno de sus aniversarios de bodas.

Vicente Jiménez Suárez, el señor Jiménez para la comunidad

La Historia Nacional se reescribe de tanto en tanto. Los aciertos de periodos históricos pasados, en algunos casos, se dejan de lado por razones más personales de los investigadores que por falta de documentos. Una política emprendida por el gobierno de facto del general Marcos Pérez Jiménez en la década del cincuenta, que tuvo como objetivo convocar talento humano extranjero en diferentes áreas técnicas para trabajar en Venezuela, ha sido muy mal evaluada por los estudiosos de la historia venezolana. Se le ha etiquetado históricamente de política racista con criterios eugenésicos. Estos análisis no han tomado en cuenta todas las aristas sociales y económicas de dicha política. Personas muy valiosas de diferentes países se acercaron al país para ofrecer su arte, su capacidad intelectual, sus brazos para el duro trabajo y la inevitable formación de familias, en ese afortunado mestizaje étnico-cultural, que es el único que ha hecho posible la construcción de las sociedades ayer, hoy y siempre.

Un ejemplo de lo anterior es otro reconocido carpintero del barrio El Poniente, el señor Vicente Jiménez Suárez. Había nacido en Barranquilla en el año de 1917. Fue el menor de 14 hermanos de una humilde familia afrodescendiente que sólo pudo darle educación elemental en su país de origen. Creció bajo el cuidado de su hermano mayor y bajo su filial amparo se formó en el noble oficio de la carpintería. Su talento como trabajador de la madera se

hizo evidente y, por giros del destino, fue contratado para trabajar en una reconocida carpintería de Maracaibo: la Carpintería La Fama. Llegó en 1949 con todos los requisitos legales en la mano y toda su experiencia para darla al país.

Al barrio llegó en 1952. Era discreto, respetuoso por la forma de saludar a sus vecinos y trabajaba con dedicación seis días a la semana en la carpintería que distaba unos cuantos kilómetros, pues estaba ubicada en la avenida El Milagro. Y como la vida no es solo trabajo tesonero, aquí conoció al amor de su vida, Cruz María Medina. Ella era una robusta hija de Falcón, con quien formó su única familia de 8 hijos: 5 propios y 3 por adopción paternal y moral (Alga, José Ramón (QEPD) y Douglas).

Trabajó en varias carpinterías de la ciudad, decidida ya su elección de establecerse en el país como ciudadano residente. Cuando ahorró dinero suficiente se independizó y abrió su propio taller en los fondos de su casa. Un hecho notable en su vida fue que a pesar del cansancio que cualquier trabajo manual implica, tuvo tiempo para enseñar a sus hijos a leer y les estimulaba el hábito lector comprándoles la prensa diaria, revistas, enciclopedias, anuarios y, cumpliendo con los requisitos escolares de los hijos, las novelas asignadas que leía en simultánea con ellos.

Pero no solo cultivó el hábito de la lectura. Se comunicaba con la familia de Colombia por carta y telegramas. Ni los adelantos tecnológicos masificados en el país como el teléfono minimizaron la actividad epistolar del Sr. Jiménez pues, aunque del otro lado le llamaran constantemente para tenerlo al día con las noticias de la familia que se había quedado allá, en el país vecino, el señor Jiménez insistía en escribirles cartas.

Está demás decir que tenía una personalidad poco común. No le gustaba el género musical del vallenato, prefería la música de

las orquestas tropicales cubanas. No se interesó en adquirir automóvil cuando la gran fiesta derrochadora vivida por el país en la década del setenta lo permitía largamente. Al igual que su vecino y tendero, José Costanza, no se nacionalizó venezolano para no perder su vínculo biográfico con sus ascendientes colombianos, pero selló su suerte al bajar del avión que lo trajo de Barranquilla y ver la ciudad que tanto se parecía a la suya en calor, vientos alisios perennes y gente bulliciosa y festiva.

Cuando los hijos obtuvieron títulos académicos ya no fue necesario el esfuerzo trabajador excesivo. Renunció a la empresa en la que se destacó como ebanista y se concentró en su taller. Con una vocación para el trabajo más que probada, siguió haciendo pequeños trabajos a los vecinos más para ejercitar la pericia con los instrumentos, que la necesidad del pago. De esa manera, la comunidad tuvo algún aparador o juego de comedor, o un gabinete de cocina realizado por el señor Jiménez. A sus 85 años, puso en reposo sus utensilios de trabajo sobre la mesa al fondo de la casa para disfrutar de las pequeñas alegrías de la vida familiar: los logros profesionales de los hijos, la vivencia de los nietos, la lectura en reposo y tantas pequeñas cosas que suman una vida. Falleció en 2012.

Una afortunada recurrencia en muchos vecinos del barrio El Poniente fue la constitución de familias con solidez afectiva, educación familiar con valores trascendentes como la honradez y el amor al trabajo y estímulo a la superación personal través del estudio y el trabajo perseverante. Muchas familias de este barrio exhiben sin estruendos moralistas su rectitud y la responsabilidad ante la sociedad. Por esa razón están en estas páginas.



El señor Jiménez ya jubilado en fiesta familiar

Las bodegas del barrio

En todo barrio existía un espacio social que la acelerada modernización urbana con los centros comerciales acabó: las bodegas de la esquina. Estos mini comercios al detal han existido siempre en todas las barriadas y se caracterizaban por tener un espacio para verse y saludarse los vecinos, comprar los bienes básicos para el resto del día y comentar los hechos más recientes.

Las bodegas formaban parte de la vida social del barrio. La amabilidad del dueño o dueña de la bodega podía estar en discusión, pero su vocación de servicio era innegable pues, levantarse muy temprano para ir hasta donde estaban las tiendas al mayor y proveerse de todos los productos necesarios hablaba de una disciplina comercial notable. Antes de las décadas del 40 los diferentes tipos de carnes se compraban diariamente en el mercado mayor de la ciudad puesto que no había refrigeradoras que mantuvieran en buen estado dichas carnes más allá de 6 horas. Cuando se popularizaron por económicas las cavas refrigeradoras, estos alimentos percederos podían comprarse al mayor y, de paso, darle mayor valor a los refrescos y cervezas pues se ofrecían «bien frías». Como buena ciudad con huella alemana, desde finales del siglo XIX Maracaibo tenía su fábrica de cerveza y de fabricación de hielo⁶.

6 Lucas, Gerardo. *La industrialización pionera en Venezuela (1820-1936)*. Universidad Católica Andrés Bello, 1998.

A medida que el barrio El Poniente crecía y los habitantes se volvían vecinos, fueron apareciendo las bodegas. Abrían muy temprano y cerraban tarde; como trabajaban para una comunidad tan cercana y la inseguridad ciudadana no se conocía entonces, uno podía ir hasta las 8 de la noche a abastecerse de algún dulce o ¡una aguja con su carrete de hilo de coser! ¡En cada calle iban apareciendo bodegas! Unas más grandes, otras más pequeñas, compitiendo en variedad, pero no en los precios; las diferencias variaban en céntimos.

En el barrio el Poniente, las bodegas más conocidas y duraderas en el tiempo fueron El Pan Grande, Mi China, La Zulianita, El Macaurel, Sebastopol y otras de efímera vida.

Breve crónica de los Abastos El Pan Grande

Esta cronista popular no pudo rastrear entre los ancianos del barrio el año de su establecimiento; sin embargo, se hizo un corte histórico a partir de la administración de Miguel Ángel Romero, quien lo compró en 1946. Este cañadero tímido, bien educado y trabajador venía de ser auxiliar en otro abasto o bodega en la avenida principal de La Pomona, La Rosa de la Pomona, nombre que hoy conserva todavía.

El Pan Grande estaba ubicado en la esquina de la Avenida 18A con la calle 105 y su «enlosao»⁷ permitía la tertulia mañanera o nocturna según fueran los interesados. En la mañana eran los trabajadores comprando el *Panorama* y compartiendo las noticias de la última página. En la noche los jovencitos o futuros bachilleres elucubrando bromas y malas pasadas a sus vecinos.

7 Acera, vocablo marabino. Menéndez Badell, Roberto. *Voces y Modismos del Zulia*.

En 1951 Miguel Ángel Romero vendió El Pan Grande para atender otro abasto en la Costa Oriental del Lago. Dicho abasto estuvo alquilado a varios comerciantes hasta que en 1955 se instaló en este espacio el emigrante italiano Giuseppe Costanza. Después de muchos años de alquiler, en 1969, el Sr. Giuseppe, ya castellanizado José Costanza, compró el abasto y lo amplió para hacerlo también su residencia. Fue el mejor y último dueño

A partir de esta fecha, el abasto vivió su mejor época al tener todos los bienes y productos comestibles posibles para ofrecerlo a los vecinos del barrio, y al estar en esquina, era la mejor referencia geográfica para orientar a los extraños que visitaban esta comunidad.

La vitalidad del abasto se medía los sábados, pues El Pan Grande poseía licencia de licores y, aunque tenía registro limitado solo para vender, el sábado el abasto estaba lleno de amantes de la cerveza y el ron. Se acompañaba con una rocola que incluía los temas de impacto de los años cincuenta, sesenta y setenta. Por un bolívar había derecho a escuchar cinco canciones, y por un medio (0,25) podía escucharse una.

Quienes tienen edad suficiente, recordarán que en aquella rocola estaban disponibles las canciones venezolanas de mayor éxito, al lado de boleros y rancheras mexicanas. En aquel aparato llegamos a escuchar a Lila Morillo, Mario Suarez, Nestor Zavarce, Julio Jaramillo, y otros famosos de aquellos días. Desde mediados de la década de los sesenta, la gaita zuliana entró por fin en el mundo del disco de acetato, y pudimos escuchar también a los Cardenales del Éxito, El Saladillo, Estrellas del Zulia, inclusive las gaitas de Las Alondras, conjunto exclusivamente femenino, activo durante varias temporadas gaiteras, allá por los años 60.

Todo el panorama musical de esas tres décadas estuvo allí para acompañar la tertulia sabatina con «la fría» al lado.

A la muerte de su dueño, el abasto entró en decadencia. Su viuda, tan tesonera trabajadora como su esposo, perdió la alegría de vivir y en sus ojos verdegris se empozaba la tristeza a la vista de todo el vecindario. Igualmente, otros abastos le hacían competencia en precios. Como consecuencia inevitable, El Pan Grande dejó de estar bien surtido. Se redujo la oferta de productos, los anaqueles se vaciaron, la rocola se silenció y, «¡hasta *El Panorama* dejó de venderse!» como recuerdan aún los ancianos de la cuadra.

Con el cierre del abasto El Pan Grande el barrio perdió su mejor esquina para orientar a los perdidos, comentar las últimas noticias y divulgar los chismes del correveidile que en todo barrio habita.

Al dueño de este abasto que cubrió 60 años del siglo veinte en la comunidad, le dedicaremos una crónica especial.

Giuseppe Costanza: el trabajo en la maleta como equipaje de vida

El barrio El Poniente no lidiaba mucho con extranjeros, pues los jurungos catires vivían concentrados en la cercana Colonia Shell, subiendo el cerro del castillo de los Roncayolo y no visitaban a nadie. El barrio se ensanchaba con los recién llegados de Falcón, Lara, los Andes y el oriente venezolano, además de uno que otro costeño colombiano. Sin embargo, a finales de los años 40 se empezaron a verse caras y nombres diferentes, que rápidamente se asimilaban a la vida del barrio, aceptándolos sin mayores resistencias culturales. En nuestro barrio, éramos afortunados desconocedores de la palabra racismo o xenofobia; en consecuencia, se vio natural la llegada de un matrimonio italiano con una niña en brazos para asumir la administración del abasto más grande del vecindario y comenzaran a vincularse a la sencilla y austera barriada.

Se llamaba Giuseppe Costanza, y su esposa, Rosa Caruana. Giuseppe Costanza era alto, robusto, de ojos verde claros y bastante locuaz; era el complemento de su esposa Rosa. Ella era bajita, rolliza, blanca como un lirio de mayo y ojos verdeagua, algo tímida y muy encerrada en sí misma.

Llegaba con su historia en una maleta desde la lejana Europa. Nativo de un pequeño pueblo llamado Ioppolo, enclavado en los valles de la aún más lejana isla de Sicilia. Era un aldeano de vida frugal, ligado a la tierra. ¿Qué lo había acercado a nuestro país? El final de la segunda gran guerra europea que sólo dejó desolación

moral, una pavorosa hambruna y la destrucción física de pueblos y ciudades. Tanta devastación espiritual y material le hizo buscar nuevos horizontes laborales en el trópico. Esa era la invitación de los carteles diseminados en las estaciones de tren de muchas ciudades europeas y el joven Giuseppe Costanza debió verlos.

Llegó a Venezuela en 1948 con un hermano, Nicola, y vecinos del mismo pueblo siciliano al puerto de la Guaira. La fortuna se buscaba en grupo para el apoyo mutuo. Se trasladó a Maracaibo pues era la referencia de ciudad en la que el trabajo abundaba a granel. El petróleo manaba infinito de un lago y hacía realidad cualquier sueño de riqueza. No fue a la Costa Oriental, asiento de la actividad petrolera, optó por quedarse en la capital del estado, más comercial que minera. Vivió en una pensión del centro de la ciudad, sólo con las esperanzas puestas en una vida mejor para su esposa que seguía en el viejo continente. El ánimo emprendedor le hizo aceptar cualquier trabajo y la tradición de austeridad de todo tipo lo llevaba a ahorrar hasta el último céntimo. Todo tenía un propósito.

En 1950 pagó el pasaje de su esposa Rosa para reunirse definitivamente y alquiló una casa en el barrio más antiguo de la ciudad, el Saladillo. En el hospital de la zona nacería su primera hija, María Carmela Costanza. Había comenzado a echar raíces en la nueva tierra.

El pasado rural de Giuseppe Costanza daría paso al presente urbano comercial y quiso la fortuna que llegara a nuestro barrio a regentar un abasto o bodega a mediados de la década del 50. Se llamaba Abastos El Pan Grande. En el barrio nació su segundo hijo, Giuseppe. En el año 1969 compró la propiedad y la remodeló para mayor comodidad de la familia. Se había vuelto miembro permanente del barrio. Para que la asimilación se completara,

castellanizó su nombre y hasta su muerte fue para todo el barrio el Señor José y su hijo, Joseíto.

Lo que más unía al matrimonio Costanza era la vocación para el trabajo. Llamaba la atención lo temprano que abría y lo tarde que cerraba el negocio. El único esparcimiento notorio era ir a escuchar la santa misa los domingos que, por arcanos superiores, no era en la iglesia La Milagrosa, edificada cerca del barrio a finales de 1959, sino una más lejana, en la que se reencontraba con otros coterráneos. Los únicos feriados respetados eran el 25 de diciembre, el 1º de enero —año nuevo— y el jueves y viernes santo. Estos dos últimos días, especialmente, se dirigía con toda la familia a los servicios religiosos de la pasión y muerte de nuestro señor Jesucristo y todos los actos litúrgicos establecidos por la Iglesia Católica en el municipio cercano de la Cañada.

El Señor José fue uno de los primeros en el barrio en tener una camioneta ranchera como automóvil para agilizar las compras de su negocio y, al mismo tiempo, transformarla en ambulancia nocturna cuando cualquiera le pedía ayuda para llevar a alguien al hospital, estuviera accidentado o con crisis de salud inesperadas. Llegó a prestar dinero para las medicinas y muchos de esos préstamos debió borrarlos de su mente contable, pues las carencias de la mayoría de nuestros vecinos hacía impagables esos préstamos.

Otro rasgo notable para los vecinos del barrio era el idioma. Si hablaban el idioma italiano nunca lo supimos; lo que si hablaban era el dialecto de su pueblo que era otra variación del italiano y hacía difícil la comunicación con nosotros, orgullosos monolingües. El problema se solventó prontamente con el lenguaje de gestos: señalar los objetos y nombrarlos. No aprendimos el dialecto siciliano, ni ellos el español. Cuando los hijos crecieron, la comunicación se hizo más fluida por la traducción simultánea

que ellos hacían para los parroquianos. El que no aprendieran el idioma español nos parecía peregrino y hasta extraño. Pero no fue obstáculo insalvable pues, nosotros deseábamos comprar y ellos vender la mercancía. Años más tarde, estudiando humanidades comprendí que su incapacidad para dominar fluidamente el español no era más que defender la memoria de la tierra lejana; aferrarse a la lengua nativa era aferrarse a la tierra en que habían nacido; de ningún modo a la falta de inteligencia o limitado espíritu de cambio.

Su prosperidad era inevitable, sin olvidar la sencillez del trato. Su hermano Nicola prosperó igualmente, pero con una particularidad. Su esposa siciliana no se adaptó a la vida del Caribe marabino; en consecuencia, se devolvió a su tierra con tres hijas venezolanas. Nicola Costanza trabajaba obstinadamente en un pequeño restaurante para enviarles dinero y de tiempo en tiempo, visitarlas en Italia. La patria puede volverse un imaginario muy personal para los migrantes.

Cuando el país recibió el inesperado aluvión de bonanza petrolera en la década de los setenta, y se dedicó a derrochar dinero en viajes, comprar objetos prescindibles a 4,30 el dólar y apartamentos en Miami, el Señor José siguió viviendo en el barrio, abriendo a la misma hora, con el mismo auto y ahorrando para viajar a reencontrarse con su familia siciliana. El último viaje duró cuatro meses y cuando todos pensábamos que se quedaría por allá, por la hipótesis aquella de, «en el norte se vive mejor que aquí»; estaba de regreso. Su hijo Joseíto nos sorprendió pegando gritos desde el taxi y diciendo que había llegado. Éste, comentando sus memorias de viaje, nos destacó que enseñó todas las malas palabras de español que conocía a los primos para que, «¡aprendieran a insultar como se debía!».

Nuestro comerciante al detal, (¡bodeguero, nunca!) no salió del barrio y se despidió un día, el 27 de noviembre de 2002 con la misma humildad con la que llegó, sin hacer mucho ruido y con la honrosa credencial ante Dios de haber vivido honestamente de su trabajo toda su vida.

Su esposa Rosa, estoica, silente, con luto cerrado de ahora en adelante, recibió los pésames de todos nosotros y continuó atendiendo el abasto. Este trabajo adquirió otro sentido, ya no era para ganar dinero; sino para distraer el duelo y la nostalgia. Los hijos se habían casado e iniciado su propia vida, ajenos al comercio. La señora Rosa de Costanza enfermó con el tiempo; los hijos cerraron El Pan Grande para cuidarla y se despidió de nosotros un 24 de mayo de 2006. Este suelo acoge sus huesos y su huella humana.

Si Italia perdió un esforzado trabajador, Venezuela ganó un modesto empresario que prosperó económicamente, ayudó a cualquier vecino en horas menguadas y le entregó al país dos profesionales de gran valía como lo son una médica psiquiatra, María Costanza; y un ingeniero civil, José Costanza. Ella se abrió paso en el centro del país como profesional médico. Joseíto se quedó entre nosotros y levantó su propia familia. El Abasto El Pan Grande cerró definitivamente y nos dejó el recuerdo de sus dueños. Tan cercano vecino, como tan lejano emigrante.

El Señor José nunca se sintió apenado de vivir y morir en un modesto barrio de la ciudad de Maracaibo. ¡Qué importa si no se nacionalizó venezolano! ¡Los seres humanos se recuerdan por las obras realizadas y no por el lugar de nacimiento!



Matrimonio Costanza Caruana en 1951.



Familia Costanza Caruana en 1967.

«Yo necesito que me hagáis un cofrecito» dijo Ángel Hernández

Ángel Esteban Hernández había nacido y crecido en el barrio y en su edad adulta trabajaba como comerciante de alimentos para distribución en abastos de la ciudad. Tenía una camioneta y viajaba a la Guajira de tanto en tanto para comprar ovinos y cabras y negociarlos en las tiendas minoristas de Maracaibo. A La Guajira con su pueblo y su idioma como destino comercial, le rindió homenaje nombrando su camioneta *Mususay*, así es en wayúu.

Ángel llevaba una vida muy activa en el barrio, tanto comercial como socialmente. Se casó con otra habitante del barrio, María Del Carmen Acevedo. Ella le dio 11 hijos legítimos y llevó con más resignación que rencor la verdad de tener un esposo mujeriego pues, el Sr. Ángel Hernández tuvo muchos hijos fuera del matrimonio.

Con su personalidad tan proclive a la iniciativa comercial, Ángel Hernández fue acumulando dinero de sus ventas de ovejos, verduras, frutas, etc. y compró un terreno en el barrio. Corría la década de los cuarenta y el barrio sufría transformaciones positivas en el acceso a los servicios públicos, producto de las políticas del Estado venezolano, buscando afanosamente modernizar al país con un pasado tan empobrecido como autoritario. El barrio y la calidad de vida de sus habitantes mejoraba discretamente. Nuestro vecino Hernández, decidió establecer un club para el

sano esparcimiento de los vecinos del Poniente; lo bautizó Club Recreativo El Poniente. En dicho club se jugaba billar, cartas, dominó y un entretenimiento que fascinaba a niños, adultos, mujeres y hombres: la exhibición semanal de una película de preferencia mejicana, en el patio del club. El Sr. Hernández hacía dinero y el barrio tenía un espacio para divertirse y socializar los fines de semana.

Un buen día vendió el club recreativo a otro hombre de negocios, Luis Pirela, quien llevó el club dos cuadras más allá en la calle 105 y lo renombró Club El Poniente. A las actividades de juego ya nombradas se agregó la venta de alcohol y las peleas de Boxeo con los prospectos juveniles de la época poco conocidos, aunque con buena pegada.

El tiempo fue pasando y Ángel Esteban a mediados de la década de los setenta se sintió cansado del ajetreo diario del trabajo y decidió retirarse. Como buen hombre de inicios de siglo formado en una cultura de egocentrismo masculino, compró una casa a metros de la familiar y se fue a vivir solo. Fraternalizaba con los hijos y vecinos, pero lejos de la comunidad conyugal. Jugaba dominó en las tardes y lo acompañaba con unos rones.

Así la vida, un día de 1977 le habló a Luís Salazar carpintero de los muchos que había en el barrio El Poniente y dueño de una carpintería con un rubro esencial en la sociedad, pero indeseado en nuestras vidas: una fábrica de urnas. Ángel Esteban le dijo: —Yo necesito que me hagáis un cofrecito. El «cofrecito» debía ser de buena madera; se escogió la caoba. Debía tener un encaje absolutamente blanco internamente; se escogió la mejor seda. Al satisfacer todas las exigencias del futuro dueño, Luís Salazar

cohró 900 bs de la época⁸. Toda una fortuna, pero lo valía. Así el sr. Ángel sabía dónde estarían sus huesos cuando muriera.

Para hacer honor a tan alto precio, su dueño la colocó en la sala de la casa a la vista y admiración de todo el que entrara en ella. Al principio, el barrio murmuró las posibilidades fatídicas de la urna tanto para el dueño como para los visitantes, pero el tiempo volvió costumbre mirar el cofre mortuorio como un mueble más del salón.

Una tarde, uno de sus hijos mayores, Oswaldo, jugaba dominó con tres amigos más. Estaba ganando todas las rondas y decidió castigar a los perdedores del juego. Les dijo que el próximo que perdiera y tuviera menos pintas debía pagar una penitencia. Esta era hacerse el muerto dentro de la urna que presidía la sala. El sr. Ángel no estuvo muy de acuerdo, sin embargo aceptó porque sólo serían unos segundos. Al principio hubo resistencia de los perdedores por el miedo atávico a una caja negra que tiene demasiada vecindad con la muerte. ¡Pero penitencia es penitencia! De manera que los que contabilizaban pocas pintas debían superar el miedo, meterse en el cofre y simular ser difuntos. Luego, seguir jugando dominó.

La desagradable penitencia se volvió igualmente costumbre y ya los perdedores entraban y salían del sarcófago como si nada. Para dar amenidad a la penitencia, un día de diciembre, Oswaldo decidió colocarse un flux, se metió en el cofre y pidió que lo fotografiara su hermano menor, Belgrado, con una cámara *Instamatic* de la *Kodak*. Otro de los amigos simuló llorar compungidamente y también figura en la foto.

8 200\$ para la época.

La travesura no quedó allí, pues para el Día de los Inocentes —28 de diciembre— Oswaldo fue al periódico *Panorama* y pago una esquila mortuoria en la que se decía que había fallecido.

La noticia corrió como reguero de pólvora entre los vecinos que repetían la noticia leída en el periódico. Al mismo tiempo, se generó confusión y estupor al ver a Oswaldo vivito y coleando, caminando por el barrio. De hecho, organizó un convite en una casa vecina por el día de los Inocentes y a todo el que llegaba le aclaraba la broma y le invitaba a una cerveza. En la noche el barrio fue un solo parrandón.

Pero además de estupor y celebración por la inocentada de Oswaldo, un señor que le adeudaba dinero se sintió conmovido cuando le participaron la noticia y corrió a la casa de su mamá a dar el pésame y a pagar la deuda como forma de contribución al venidero entierro. La hermana de Oswaldo le aclaró la broma, lo invitó a la casa de la vecina para que participara de la fiesta, pero este deudor antes que alegrarse por la falsa noticia, se sintió ofendido y decidió no devolver el dinero de la deuda. Oswaldo dio por borrado el dinero y siguió divirtiéndose y enseñando la fotografía «del difunto» a toda la vecindad.

La historia del «cofre» de Ángel no termina allí pues, el jaleo de entrar y salir de él como cumplimiento de una penitencia afectó la estructura de éste. Las maderas laterales se desencajaron levemente; la seda del interior se llenó de sucio y manchas y la tapa superior estaba llena de grasa y suciedad. El vidrio se salvó porque lo pusieron a buen recaudo en uno de los cuartos desde el principio del truculento juego. Ángel Esteban tuvo que mandarla a arreglar al mismo carpintero, quien se sorprendió, pues hasta ese momento nadie había comprado una urna y la había devuelto para ajustar las tablas de nuevo. El arreglo no fue gratis pues, al

saber el uso que le habían dado; concluyó que el objeto había sido sobreutilizado en su vida útil. Por esta razón, Ángel Esteban pagó por segunda vez por su cofre y prohibió, entonces, cualquier otro uso de la urna salvo para el cual fue diseñada.

El sarcófago del Sr. Ángel Esteban se siguió mostrando en la sala como un mueble más. Luego de tres accidentes cerebrovasculares que lo fueron inmovilizando poco a poco, un 15 de febrero de 1985 tuvo su real uso al servirle de transporte para su viaje al otro mundo.

Nunca antes un objeto utilitario había dado tanto que hablar en el barrio y la anécdota del Día de los Inocentes es aún recordada por los más ancianos por la alta dosis de humor negro de la ocurrencia. Igualmente, los vecinos reiteran, en sus testimonios, que Ángel Esteban Fernández fue un hombre planificador de su futuro. Su vida y negocios estuvo ligada al barrio por siempre y aún se le recuerda como el hombre que se compró un «cofrecito» por adelantado.

V

DEL BARRIO SALIÓ UN POETA

La poesía tomaba café los domingos. Retrato íntimo de Hesnor Rivera

Los domingos en casa de la señora Hilaria Rivera eran en verdad festivos. Su hijo amado Hesnor Alberto se presentaba a golpe de 4 de la tarde para compartir un humeante café o cuatro cervezas bien frías y enterarse de las noticias menudas de su madre, su hermano José y su cuñada Dilaida Bracho. Los temas eran la última costura entregada, las actividades con los Padres Paules de la iglesia La Milagrosa o los ingratos olores del lago de Maracaibo tan cercano. La reunión filial celebraba cada fin de semana la vida, la anécdota menuda en el periódico donde trabajaba, las vivencias en las aulas universitarias. Los innumerables regalos y reconocimientos que la vida había concedido al hijo trotamundos perdían lustre ante la mirada maternal. Su madre y su conversación eran el centro de esa visita.

Hesnor Albert Rivera nació en su casa de El Poniente un 12 de julio de 1928. De niño se paseó por las calles del barrio. Fue una infancia feliz en compañía de su hermano y vecinos y la calle era una prolongación del patio de su casa en la que se jugaba béisbol con el sol taladrante encima de los hombros.

Al cabo de pocos años, el patio hogareño se agigantó, pues Hesnor se dedicó a viajar por Latinoamérica y Europa. Había hecho pacto de amor con la poesía y a ella se consagró el resto

de su vida. Los amigos y cofrades de grupos literarios, los libros de poesía, un matrimonio para gozar de las satisfacciones de la paternidad que le daban Celalba y Martica fueron su equipaje vital. Todos ellos lo acompañaban en momentos de soledad.

El andar y desandar caminos lo trajo a Maracaibo de nuevo. Aquí formó a futuros discípulos literarios. El paso del tiempo lo ató a la ciudad en unas de sus más enaltecedoras casas: la Universidad del Zulia y el ejercicio periodístico en el primer periódico de la región, *Panorama*. Sin embargo, compartir con su madre Hilaria, sería la actividad más deseada del domingo.

En la casa del barrio se desprendía de los elegantes trajes de corte inglés y la voz de barítono empleado para leer versos propios y ajenos en su programa radial, *La Palabra y su sombra*. Era el hijo que conversaba en el comedor con la familia más cercana.

Cuando en 1993 mamá Hilaria se despidió de este mundo, ni el café tardecino ni las cervezas tuvieron sabor a alegría dominical. El barrio se fue diluyendo en la memoria del bardo; pues su eje central se había marchado a otros espacios.

Siete años más tarde, en el año 2000, el hijo-poeta de la señora Hilaria se marchó para siempre de este mundo. Se marchó, sí. Sin embargo, nos dejó la compañía de su palabra escrita.

FUENTES CONSULTADAS

BERMÚDEZ BRÍÑEZ, N. “LOS DESPLAZAMIENTOS HUMANOS HACIA LAS ZONAS PETROLERAS DEL ZULIA (1914-1933)”, ÁGORA, TRUJILLO, VENEZUELA. 2015. (VI8,35), 133-160.

BRETCH, BERTOLD, POESÍA. EDICIONES DE LA BANDA ORIENTAL, MONTEVIDEO, 1973. SELECCIÓN Y TRADUCCIÓN DE JOSÉ MARÍA VALVERDE.

FUENMAYOR, EMMANUEL, “TRANVÍAS DE MARACAIBO EN EL SIGLO XIX”. CONSULTADO EN [HTTPS://WWW.ELZULIANORAJAO.COM.BLOGSPOT](https://www.elzulianorajao.com.blogspot) .

SALAZAR ZAÍD, IVÁN JOSÉ. CALLES, CALLEJONES Y AVENIDAS DE LA MARACAIBO DE AYER. SULTANA DEL LAGO EDITORES, MARACAIBO, 2023.

ORTIZ MALAVÉ, ARGENIS. MARACAIBO: CIUDAD DE 3 FUNDACIONES. FONDO EDITORIAL UNERMB, CABIMAS, 2015.

FERRER, ADA. SAN FRANCISCO ES MI MUNICIPIO. RASGOS HISTÓRICOS Y GEOGRÁFICOS DEL MUNICIPIO SAN FRANCISCO. EDICIONES ASTRO DATA, MARACAIBO, 2008.

CARDOZO GALUÉ, GERMÁN. HISTORIA ZULIANA (ECONOMÍA, POLÍTICA Y VIDA INTELECTUAL EN EL SIGLO XIX. EDITORIAL EDILUZ, MARACAIBO, 1998.

PRIETO SOTO, JESÚS. CONFORMACIÓN IDEOLÓGICA PETROLERA. EDITORIAL PRESENCIA, BOGOTÁ, 1977.

VIEJO ZULIA. EDICIÓN ESPECIAL DE PANORAMA, MARACAIBO, ABRIL 2006.

INFORMANTES Y COLABORADORES ENTREVISTADOS

Este libro se hace presente en la Historia local de Maracaibo por el generoso apoyo de las siguientes personas:

Luís Armando Salas.
María Auxiliadora Salas.
Danny González.
Humberto González.
Douglas Casado.
José Costanza.
María Carmela Costanza.
Nora Finol de Linares.
Rafael Romero.
Hernán Pirela hijo y nieto.
Miriam Pirela.
Minerva Hernández.
Oswaldo Hernández.
Belgrado Hernández.
Chiquinquirá «Chiquita» Cobo.
Wilmer Cobo.
Lérida Bravo Valbuena.
Helí Machado.
Roy Linares Finol.
Edgar Vega.
Heberto Vega.
Hermanas Flor y Milagros Jiménez.
Jesús «Pachú» Pirela.
Prof. Margarita Arriaga Valles.
Edgar Pirela.

Mirtha Montiel Lugo.
Hilda y Otilia Lugo.
Dilaida Bracho de Rivera.

Índice

DEDICATORIA	7
PRESENTACIÓN	9
PRÓLOGO A LOS PERSONAJES DEL BARRIO EL PONIENTE	13
INTRODUCCIÓN	16
I. ELLAS FUERON LA LUZ DE LA COMUNIDAD	23
Una maestra ejemplar: Rafaela Portillo	25
Una líder vecinal especial: la partera Teotiste Serrano	33
La dulcera del Poniente: la señora Teresa	39
La patrona espiritual del Poniente: la Rosa Mística	43
II. UN BARRIO LLENO DE «CABEZAS CALIENTES»	47
Los hermanos Taborda, primeros comunistas del Poniente	49
Cayetano Montiel	55
III. AQUÍ SE JUEGA BUEN BEISBOL	61
Olimpiades Linares Rivas: una vida narrando el béisbol	63
De recogebates a mánager de las Pequeñas	
Ligas: Douglas Casado ha vivido para el béisbol	67

IV. TALLANDO MADERA Y HONRADEZ	71
El Poniente: un barrio de carpinteros	73
Hernán Pirela, carpintero fanático de las Águilas del Zulia	77
Vicente Jiménez Suárez, el señor Jiménez para la comunidad	79
Las bodegas del barrio	83
Giussepe Costanza: el trabajo en la maleta como equipaje de vida «Yo necesito que me hagáis un cofrecito» dijo Ángel Hernández	93
V. DEL BARRIO SALIÓ UN POETA	99
La poesía tomaba café los domingos. Retrato íntimo de Hesnor Rivera	101
FUENTES CONSULTADAS	103
INFORMANTES Y COLABORADORES ENTREVISTADOS	105

Fundación Editorial El perro y la rana
Centro Simón Bolívar, Torre Norte, piso 21, El Silencio,
Caracas - Venezuela 1010.
Teléfonos: (0212) 768.8300 / 768.8399

atencionalescritorfepr@gmail.com
comunicacionesperroyrana@gmail.com
www.elperroylarana.gob.ve
www.mincultura.gob.ve

Facebook: El perro y la rana
Twitter / X: @elperroylarana
Instagram: @perroylarana
Threads: @perroylarana
YouTube: ElperroylaranaTV
TikTok: @elperroylarana

Barrio El Poniente
Los Haticos y su gente
Digital

Fundación Editorial El perro y la rana en el
mes de marzo de 2025
Caracas, República Bolivariana de Venezuela



[2022 - 2030]



La profesora Ana María Romero Pirela nos presenta en estas crónicas, escritas con pasión y gracia, no sólo una breve historia de Los Haticos y del barrio El poniente, sino un recorrido por el alma de la comunidad, que no es otra que sus habitantes. Son ellos quienes dan forma y vida a los relatos. Cada uno de ellos es un pilar sobre el que se construye el universo sensible del barrio, porque es a través de sus anécdotas y de sus vivencias que podemos sentirlos tan familiares y presentes. Son las vidas de aquellos que han sido olvidados por la historia, pero no por su gente. Uno de los aciertos más grandes de estas crónicas se halla en la importancia que tuvieron las mujeres de la comunidad. Las historias de la maestra Rafaela Portillo, de la partera Teotiste Serrano y de la señora Teresa, insigne dulcera del barrio, constituyen un aporte que permite visibilizar la importancia de la impronta femenina no sólo en el barrio El Poniente, sino en toda comunidad. También el beisbol venezolano debe mucho al barrio: de él salió el gran Olimpiádes Linares, narrador insigne.

ANA MARÍA ROMERO PIRELA

Venezolana. Lic. en Letras Hispánicas (LUZ, 1985), Mg Sc. en Literatura Venezolana (UCV, 1999). Profesora universitaria jubilada en la UNERMB. Investigadora en el área de Literatura Venezolana Contemporánea y del Caribe Hispanohablante con publicaciones en revistas arbitradas nacionales y extranjeras. Productora y locutora para programas de Promoción Lectora. Trabaja actualmente en proyectos artesanales comunitarios y como cronista comunitaria de la ciudad de Maracaibo *ad honorem*.

IMPRESO EN TIEMPOS DE
GUERRA ECONÓMICA
CONTRA VENEZUELA

